



DAD AU  
CIÓN GE

da usigo a q  
oniz ba: ya l



PS1405

C6

c.1

ONOM

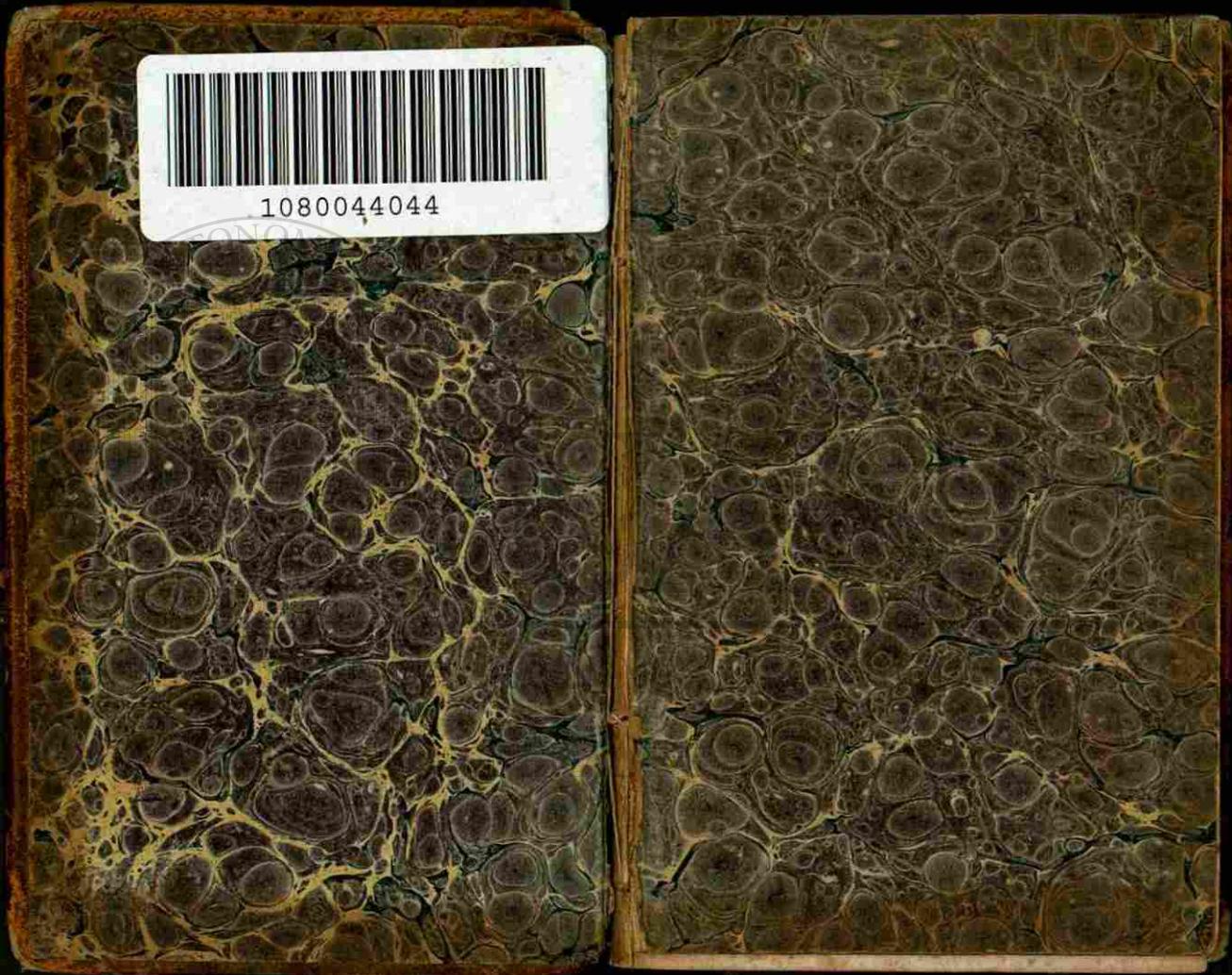
RALD

86-3





1080044044





Co#6 Co#137



**EL BRAVO.**

DEPARTAMENTO DE BIBLIOTECAS  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

# EL BRAVO,

*Novela Veneciana,*

DE J. FENIMORE COOPER.

NUEVA TRADUCCION CON ACLARACIONES Y NOTAS HISTORICAS.

Giustizia in palazzo,  
E pane ni piazza.

TOMO IV



PARIS,

LIBRERIA *Cap. ROSA, fontana*

*Biblioteca Universitaria*

54357

33016



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

IMPRESA Y FUNDERIA DE EVERAT  
CALLE DEL CUADRANTE, 16.

PSHOS

CG



COPIA  
DE LA  
BIBLIOTECA  
CENTRAL DE LA  
UNIVERSIDAD

## EL BRAVO.

### CAPITULO I.

En la constante lucha que mantienen la inocencia y la astucia, esta lleva por lo común la ventaja mientras se circunscriben ambas á familiares intereses; pero en el momento en que la primera se hace supe-

PSHOS

CG



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES  
SECRETARÍA GENERAL DE ESTUDIOS

## EL BRAVO.

### CAPITULO I.

En la constante lucha que mantienen la inocencia y la astucia, esta lleva por lo común la ventaja mientras se circunscriben ambas á familiares intereses; pero en el momento en que la primera se hace supe-

rior á la repugnancia y oculto horror que le inspira el vicio, y se ampara con la égida de sus elevados principios, sustraese con mas facilidad á los cálculos de su antagonista, sin recurrir á sutiles expedientes. La naturaleza nos creó bastante frágiles para ponernos en estado de comprender las maniobras del egoismo y de la astucia; pero aquellos á quienes ha verdaderamente privilegiado son los que pueden encubrir sus motivos é intenciones bajo un cierto grado de rectitud y de desinterés superior á la habilidad de los intrigantes. Casi todo el mundo puede ceder á las órdenes de un derecho convencional; pero son pocas las personas que saben decidirse en los casos extraordinarios y difíciles. Siempre, ó las mas de las veces, encierra la virtud cierto misterio; y al paso que no es la hipocresia mas que una miserable máscara al encubrir sus obras con el velo sutil del fraude, ase-

méjase en cierto modo la virtud á la sublimidad de la verdad infalible.

Por esto los hombres harto versados en los intereses de la vida son constantemente el juguete de sí mismos cuando se encuentran en contacto con otros sencillos é inteligentes. La experiencia diaria prueba que, así como no existe fama permanente que no esté cimentada en la virtud, tampoco hay política mas segura que la que va fundada en el bien general. Espíritus vulgares pueden arreglar los asuntos de un Estado con tal que se limiten estos á intereses puramente vulgares; pero ;desgraciado del pueblo que en las grandes ocasiones no pone toda su confianza en sugetos honrados, nobles, prudentes y filántropos! La mayor parte de la miseria que ha deshonrado la civilizacion y hecho retrogradar sus progresos, trae origen de la negligencia en emplear hombres que

siempre producen las grandes ocasiones.

Queriendo dar su justo precio á los vicios del sistema político de Venecia, hase deslizado la pluma de la senda que hasta aquí siguiera, puesto que la aplicacion de la moral de nuestra historia debe hacerse en vista de la escala familiar de sus incidentes particulares. Vimos ya como ciertas llaves de la prision estaban al cuidado de Gelsomina: los astutos guardianes de aquella fortaleza tuvieron sus razones para hacer de ella tal confianza, y jamás imaginaron que los consejos de un pecho generoso pudieran moverla hasta el extremo de servirse de aquellas llaves de una manera contraria á sus propias miras. El uso para que iban á servirla entonces, probaba hasta la evidencia que los carceleros, de los cuales el uno era su padre, no apreciaron en lo justo la fuerza de espíritu de una inocente y sencilla doncella.

Provista Gelsomina de las llaves, tomó una lámpara y subió luego del *mexanino* donde moraba, al primer piso del edificio, en vez de bajar al zaguan. Abrió varias puertas; atravesó muchas y sombrías galerías con la seguridad que inspiran las puras intenciones; pasó rápidamente por el puente de los Suspiros sin recelo de encontrar á nadie en aquel pasadizo no frecuentado; y de allí entró en el palacio por la puerta que comunicaba con una salida comun y pública del edificio. Caminando con la precaucion necesaria hasta asegurarse de no poder ser descubierta, apagó la luz y se encontró á poco en la vasta y poco alumbrada escalera del Gigante, por la que bajó apresuradamente hasta llegar á la galería cubierta que ceñia el patio. Allí encontró un alabardero que la miró con inte-

\* Alto que corresponde al entresuelo.

rés; pero como no tuviese orden de interrogar á los que salían del palacio, no la habló palabra, con lo que pudo continuar sin estorbo su camino. Un hombre, luchando entre la duda y el deseo de consumir un acto de venganza, arrojó al fin una delacion por la boca del león: detúvose involuntariamente Gelsomina hasta que el acusador secreto hubiese concluido su obra de perfidia y se alejara de aquel sitio, mientras que el alabardero, como acostumbrado á semejantes escenas, reíase de la indecision de la doncella.

— ¿Hay riesgo en salir del palacio? preguntó al grosero dalmata.

— ¡Par diez! Cosa de una hora atrás debias haber llegado, que ahora todo está apaciguado ya.

La hija del conserge no vaciló un mo-

mento: bajó la escalera por donde rodara en otro tiempo la cabeza de Faliero, y en breve llegó al arco de la puerta, donde otra vez se detuvo de nuevo; porque, á la manera del gamo que va á dejar la guarida no osaba ir mas lejos sin asegurarse antes de la tranquilidad de la plaza en que iba á entrar.

Concibieron los agentes de la policia tantas inquietudes acerca de la insurreccion de los pescadores para dejar de recurrir á los ordinarios expedientes de la astucia. Distribuyóse dinero á los charlatanes y cantores de baladas para que volvieran á presentarse en el sitio que habian abandonado; y diversos grupos de mercenarios, unos con máscara y otros á rostro descubierto, se reunieron en diferentes puntos de la plaza. En una palabra, recurriérase á cuantas estratagemas empleaba aquel tenebroso gobierno para inspirar confianza al pueblo.

Los desocupados, los curiosos, los intrigantes, así como un gran número de personas poco reflexivas y de aquellas que solo viven para gozar del placer del momento, clase no menos importante en cuanto á su número, secundaron las miras de la policía, y cuando Gelsomina iba á entrar en la Piazzeta estaban las dos plazas casi llenas de gente. Algunos pescadores, en cuyos rostros se advertían todavía indicios de agitación y de descontento, permanecían reunidos en el pórtico de la catedral como las abejas cuando van á formar su enjambre delante de la colmena; pero sus movimientos no eran tales que pudieran inspirar el menor motivo de alarma. Aunque poco acostumbrada la doncella á escenas como la que tenía á la vista, conoció que podía contar con el aislamiento que tan singularmente distingue á la soledad que ofrece una gran muchedumbre: cubrióse pues cuida-

dosamente con su humilde manto; ajustó bien la máscara al rostro, y dirigióse con acelerados pasos hácia la Piazzeta.

No seguiremos paso á paso la marcha de nuestra heroína mientras iba á desempeñar su comisión benéfica, y evitaremos los lugares comunes de la galantería que asaltaban y ofendían á un tiempo sus oídos. Joven, activa y animada del deseo de ser útil, atravesó en breve la Piazza, y llegó á la de san Nicolo, uno de los parages donde acudian las góndolas de alquiler, que encontró entonces abandonado, porque el terror ó la curiosidad alejaron de allí á todos los gondoleros. Gelsomina subió al puente, y cuando pisaba el arco del centro, vió una góndola que venía desde el gran canal navegando con mucha lentitud. El aire indeciso de la doncella llamó la atención del gondolero, y la hizo la señal de costumbre para ofrecerle sus servicios. Como no esta-

ba bien instruida en las calles de Venecia, laberinto que acaso ofrece las mayores dificultades á los que no tienen el hilo de los pasos, aun de otra ciudad cualquiera, aceptó gustosa la oferta. Bajar la escalera, saltar en la barca, pronunciar el nombre de Rialto y ocultarse en el pabellon, todo fué obra de un instante. La góndola partió sin detenerse.

Entonces fué cuando Gelsomina concibió mayores esperanzas de conseguir su empresa, pues no temia ser reconocida y vendida por un gondolero ordinario, que ignoraba seguramente sus designios, mucho mas siendo interés suyo conducirla con seguridad al sitio que le designara. Pero el éxito de su comision era tan importante, que no contaba con él hasta haberle conseguido. Llena de resolucion echó rápida mirada á los palacios y góndolas que encontraba al paso, y sintió que el aire fresco

del canal reanimaba sus espíritus: volvióse por una especie de desconfianza hácia el gondolero para examinar su rostro; pero no pudo satisfacer su deseo, porque una máscara diestramente trabajada, é imposible de distinguir aun con la claridad de la luna, á no poner en ello una atencion esmerada, ocultaba enteramente sus facciones.

Aunque la costumbre de ir encubierto fuese muy comun en los servidores de los grandes, no sucedia lo mismo con los gondoleros del público: circunstancia que por sí sola era bastante á infundir algunos recelos; pero Gelsomina pensó que aquel hombre volvía de una partida de diversion ó de una serenata dada por un amante, quien exigiera sin duda impenetrable misterio.

— ¿Tomareis tierra en el muelle, pre-

guntó el gondolero, ó bien gustais que os conduzca á la puerta de vuestro palacio?

El corazón de Gelsomina latió con violencia al oír estas palabras. Erale en extremo grato el sonido de aquella voz, aunque algo disimulado por la máscara; mas como poco habituada á ocuparse en asuntos de otros, y sobre todo en los de tanta consideracion como el que entonces tenia entre manos, apoderóse de sus miembros un temblor universal, como si hubiese tomado á su cargo desempeñar una comision menos generosa.

— ¿Sabes el palacio de un caballero llamado don Camilo Monforte, señor de la Calabria, que ahora reside en Venecia? le preguntó despues de un corto instante de silencio, y dejando tan sorprendido al gondolero estas palabras, que no pudo menos de estremecerse.

— ¿Es preciso conduciros á él; señora?

— Si, estando seguro de que lo sabes.

El gondolero azotó el agua con su remo, y la barquilla se deslizó por entre dos altos malecones que guarnecian los canales pequeños; con lo que se convenció Gelsomina de que su conductor conocia perfectamente todos los sitios de la ciudad.

Al llegar á la puerta del agua de un palacio, paró la góndola, y el que la guiaba saltó á la escalera para ayudar á salir á la hija del conserje presentándola el brazo como acostumbra los de su profesion. La doncella le mandó que aguardase un instante, y se dirigió sin detenerse hácia el atrio.

Otra persona de mas mundo que Gelsomina notara desde luego el desorden y

confusion que reinaba en la casa de don Camilo. Los criados estaban turbados, y no sabian como cumplir aun con sus mas ordinarios deberes; mirábanse con desconfianza los unos á los otros; y cuando la tímida hija del carcelero entró en el vestibulo, todos se levantaron á la vez sin que ninguno se adelantase á recibirla. No era raro ver una muger enmascarada en Venecia, porque pocas personas de su sexo iban á los canales sin esta precisa prenda del disfraz; pero en su vacilacion parecia que los criados de don Camilo no veian á la que llegaba con su indiferencia acostumbrada.

— ¿Estoy en el palacio del duque de Sta. Agueda, señor de Calabria? preguntó Gelsomina, que conoció cuan necesario era mostrar firmeza.

— Si, señora, respondió uno de ellos.

— ¿Está en casa?

— Si, y no. ¿De parte de qué hermosa dama le anunciaré la visita, señora?

— Si no está, de parte de nadie; y si está, deseo verle.

Los domésticos, que eran bastantes, se agruparon para consultar si convenia ó no recibirla. En este momento llegó un gondolero con una jaquetilla bordada de matizadas flores, y cuyo aire franco y alegres miradas infundieron aliento á Gelsomina.

— ¿Servis á don Camilo? le preguntó cuando pasaba junto á ella para dirigirse á los canales.

— Con el remo, *bellissima donna*, respondió Gino llevando la mano á la gorra sin casi mirar á la que le hablaba.

— ¿Y podreis decirle que una muger desea con ansia hablarle á solas?... Una muger, añadió viendo que no le contestaba.

— ¡Santa María! *Bella donna!* no tienen ya número las mugeres que en Venecia hacen semejante pregunta. Pero mejor sería fueseis á visitar á la efigie de san Teodoro, que pretender avistaros con mi señor ahora. La imagen de piedra os dará mejor acogida que él.

— Decidme, ¿os ha dado vuestro dueño orden de responder así á todas las mugeres que vienen á este palacio?

— ¡*Diabolo!* Haceis unas preguntas bien singulares, señora. Mi amo en caso de necesidad podría acoger benignamente á una que yo le nombrase; mas á fe de gondolero, que en la actualidad no es el caballero mas galan de Venecia.

— Sí; hay una para quien existe esta deferencia.... sois sobrado atrevido para doméstico. ¿Cómo sabeis que no sea yo la misma?....

Gino se estremeci6. Examin6 la estatura de Gelsomina, se quit6 la gorra y salud6.

— Nada sé sobre este punto, contest6. Muy bien podeis ser S. A. el Dux, 6 el embajador del imperio. Desde algun tiempo á esta parte que nada quiero saber en Venecia.

El gondolero que habia llevado á Gelsomina y que entr6 en este punto en el vestíbulo, interrumpi6 á Gino tocándole en el hombro.

— No es ocasion de rehusar á nadie la entrada, le dijo al oido. Déjala que pase adelante.

Gino titubeó todavía un instante; pero abriéndose calle por entre los demás criados, se encargó de llevar él mismo á la hija del conserge á la presencia de su amo. Mientras que ambos subian por la escalera, tres domésticos subalternos desaparecieron de aquel recinto.

El palacio de don Camilo presentaba en aquella hora un aspecto mas triste que ningun otro de la ciudad: los aposentos estaban mal alumbrados; la mayor parte de las paredes aparecian despojadas de los cuadros que las adornaban; y bajo mas de un concepto hubiera podido prever cualquiera que la secreta intencion de su dueño no era la de permanecer en él por mucho tiempo. Gelsomina no reparó en nada de esto, antes bien siguió á Gino que la condujo á través de varias piezas á la parte del edificio que ocupaba su señor hasta llegar á una puerta que abrió, y saludando

con aire entre receloso y reverente, detúvose para dejarla libre el paso.

— Aquí es donde mi señor recibe ordinariamente á las damas, la dijo. Entrad, señora, voy á anunciarle la dicha que le aguarda.

Gelsomina entró sin vacilar en el aposento, aunque no sin sobresalto al oír que Gino torcia la llave de la puerta. Hallábase en una antecámara, y como viese luz en una pieza inmediata, se dirigió á ella presurosa: mas ¡cuál fué su asombro cuando, apenas hubo puesto el pie en aquel pequeño gabinete, se encontró con una persona de su sexo.

— ¡Annina! exclamó la ingenua hija del conserge sorprendida.

— Gelsomina! replicó su prima... la simple, tranquila y modesta Gelsomina!...

Las palabras de Annina no admitían mas que una interpretacion. Semejante á la sensitiva á quien hiere todo contacto repentino, Gelsomina se quitó su máscara para respirar con mas libertad, sintiéndose tan ofendida como admirada.

— ¡ Tú aquí ! repitió Annina con la sonrisa que se deja ver en los labios de la muger envilecida, cuando cree que la inocencia está á nivel suyo.

— He venido á desempeñar una comision caritativa.

— ¡ Virgen Maria ! Segun eso, ambas nos hallamos aquí por una misma causa.

— Ignoro lo que quieres decirme. Annina. Seguramente este es el salon de don Camilo Monforte, noble napolitano, y que pretende hacer valer los derechos

que le asisten á componer parte del Senado.

— Si, el mas elegante, bello, rico é infiel de todos los caballeros de Venecia. Aun cuando hubieses venido mil veces á esta casa, no podrias estar mejor informada.

Gelsomina se horrorizó al oir estas palabras. La artificiosa prima que conocia tan bien su caracter quanto el vicio puede conocer la inocencia, examinaba con malignidad secreta sus pálidas mejillas y agitadas facciones. Creyera en el primer momento quanto habia dado á entender : pero á vista del pesar y del espanto que acababa de causar á Gelsomina, un segundo pensamiento dió nueva direccion á sus sospechas.

— Pero yo no te digo nada de nuevo,

añadió con prontitud : solo siento que me hayas encontrado aquí en lugar del duque de Sta. Agueda.

— ¿Y eres tú quien me habla de esta suerte?

— Sí, porque ciertamente no has venido á su palacio en busca de tu prima.

Aunque Gelsomina estuviese de largo tiempo familiarizada con los pesares, jamás experimentara la profunda humillacion de la vergüenza. Deshecha en llanto, y pudiendo apenas sostenerse, se dejó caer en una silla.

— No quisiera apesadumbrarte de esta suerte, prosiguió la hija del tabernero : pero lo que no admite duda es que ambas nos encontramos en el gabinete secreto del caballero mas enamorado de Venecia.

— Ya te he dicho que la compasion es la que me movió á venir á esta casa.

— ¿La compasion por don Camilo?

— No ; por una dama noble , por una dama joven , bella y virtuosa ; por una hija de la casa de Tiepolo ; de Tiepolo , Annina.

— ¿Y por qué una dama de esa familia se vale de la hija del conserge de la carcel pública ?

— ¿Por qué ? porque los que ejercen el poder han cometido con ella una injusticia. Los pescadores se han amotinado ; la dama y su aya deben la libertad á los sublevados : el Dux les ha hablado en el patio grande ; los Dálmatas estaban en el muelle. En el momento de un terror tan grande , la prision ha servido de asilo á unas damas

de tan elevada clase.... Pero la santa Iglesia ha sellado con su bendición su enlace.

Gelsomina no pudo continuar. Animada del deseo de justificarse, y herida vivamente por el embarazo de la extraña situación en que se hallaba, concluyó sollozando. Por mas incoherentes que fuesen sus discursos, habia ya dicho lo suficiente para que Annina se impusiera de todo. Sabia el casamiento secreto del duque, la insurreccion de los pescadores y la partida de las dos damas, á quienes al sacar de su palacio se encerró provisionalmente la noche anterior en un monasterio situado en una isla poco distante, de donde acababa de venir con don Camilo, quien habiéndola obligado á conducirle á él, supo con dolor que llegara ya demasiado tarde. Por lo tanto, la hija del tabernero comprendió, no solo el objeto de la venida de Gelsomi-

na, sino tambien la situacion actual de las fugitivas.

— ¿Y crees esa fábula, Gelsomina? contestó afectando compadecerse de su inocencia. El caracter de la supuesta heredera de la casa de Tiepolo y de su aya, no es ningun secreto para los que frecuentan la plaza de S. Marcos.

— Annina, si hubieras visto la belleza y la inocencia de esa dama, no hablarías de esta suerte.

— ¡ Bendito sea san Teodoro! ¿ Hay cosa que presente un brillo mas hermoso que el vicio? Ese es el comun ardid del demonio para engañar á los frágiles pecadores. Tu confesor ha debido advertirtelo, Gelsomina, ó sus palabras son mas benignas que las del mio.

— ¿Y por qué una muger de esta vida correría á refugiarse á una carcel?

— No les faltarian sus buenas razones para temer á los Dálmatas. ¡Oh! en eso no me cabe la menor duda. Todavía te diré mas acerca de las damas que con tanto riesgo de tu reputacion has recibido en tu casa. Hay en Venecia mugeres que son de muchas maneras el oprobio de su sexo. La que se aplica el nombre de Florinda es muy conocida por una defraudadora de las rentas de S. Marcos, la cual acaba de recibir del duque napolitano porcion de vino de sus montañas de la Calabria; y queriendo tentar mi honradez, me propuso la venta de ellos, creyendo que una doncella como yo se olvidaria hasta el punto de ayudarla en su tráfico fraudulento.

— ¿Será eso cierto, Ammina?

— ¿Qué interés puedo tener en engañarte? ¿Por ventura no somos de la misma sangre, hijas de dos hermanas? Aunque mis asuntos del Lido no me permitan visitarte á menudo, ¿no es natural en nosotras el afecto? Me he dirigido á las autoridades, quienes se han apoderado de los vinos, y las supuestas señoras han tenido que ocultarse. Se cree que intentan escapar de la ciudad con su libertino napolitano, y obligadas á refugiarse en cualquiera parte, te han encargado le informes del sitio donde podrá ir á socorrerlas.

— ¿Y como es que tú te hallas aquí?

— Ciertamente me sorprende que no me hayas hecho antes esa pregunta. Gino, el gondolero de don Camilo, me ha obsequiado por mucho tiempo, sin que yo haya dado oídos á sus sollicitaciones; y cuando

esa Florinda se ha quejado de mi por haber dado parte de su fraude á las autoridades, cosa que debia hacer toda honrada doncella veneciana, aconsejó á su señor que se apoderase de mi persona, en parte por vengarse, y en parte animado de la vana esperanza de obligarme á retractar mi queja. Ya habrás oido hablar de la audacia y de las violencias que estos caballeros ejercen cuando se les contrarian sus caprichos.

En seguida refirió prolijamente la treta de que Gino se valiera para apoderarse de ella, ocultando empero los hechos que no la convenia revelar.

— Pero, Annina, es indudable que existe una señora Tiepolo....

— Tan indudable como nosotras somos primas. ¡ Santa Madre di Dio ! ¿ Posible es

que haya en el mundo mugeres tan pérfidas y astutas que así se burlen de la credulidad de una inocente como tú? ¡ Ojalá las hubiesen habido conmigo ! Bien sabe la gloriosa santa Ana cuanta es mi ignorancia para conocer todas sus tretas; mas con todo, tengo la astucia necesaria para descubrir su verdadero carácter.

— Ellas me han hablado de tí, Annina.

La mirada que la hija del tabernero arrojó sobre su prima, era en todo semejante á la que despide la serpiente sobre la avecilla á quien aturde. Pero siempre dueña de sí misma, respondió :

— No habrá sido en términos favorables. Mucho sentiria que mugeres de esa clase hablasen de mi con elogio.

— No son muy amigas tuyas.

— ¿Te han dicho que estoy asalariada por el Consejo?

— Si

— Nada tiene de extraño. Los viciosos jamás llegan á creer que pueda obrarse segun los impulsos de la conciencia... Mas he aquí que llega el napolitano. Observa bien á ese libertino, Gelsomina; y á buen seguro que ha de inspirarte el mismo desprecio que á mí.

En esto abriéndose la puerta del gabinete entró don Camilo. Notábase en su rostro cierto aire de desconfianza que manifestaba bien á las claras no ser su esposa la que iba á ver. Gelsomina se levantó á su llegada, y aunque luchando con sus primeras impresiones y el efecto que en su

ánimo produjeran las imposturas de su prima, permaneció en pie asemejándose á la estatua de la Modestia, esperando que el duque se acercara á ella. La belleza y candor que se advertía en su rostro llamó de pronto la atención del napolitano; pero frunciendo las cejas, y decidido á no dejarse deslumbrar por las apariencias, dijo:

— ¿Deseabas verme?

— Ese era mi anhelo, noble señor. Mas... Annina...

— Ya entiendo. Al encontrar aquí á otra muger has cambiado de resolución; ¿no es así?

— Si, señor.

Don Camilo la miró con interés y sentimiento.

— Eres muy joven para ejercer tal oficio, querida : toma esas monedas y retírate por donde has venido... Pero aguarda un instante. ¿Conoces á esa Annina?

— Es hija de la hermana de mi madre, noble duque.

— ¡Por Dios, lindo par de hermanas ! Idoas juntas, pues ninguna de las dos me haceis falta.

— Escucha, Annina, continuó don Camilo asiendo del brazo á la hija del tabernero y llevándola á un lado : ya has visto, la dijo en voz baja y amenazadora, que soy tan temible como el Senado. No has de pasar del umbral de la puerta de tu padre sin que llegue al instante á mi noticia : si eres prudente, darás á tu lengua una lección de reserva ; como gustes, pues no te temo, y cuidado conmigo.

Annina solo respondió con humilde cortesía, en muestras de reconocer toda la importancia del aviso, y tomando por el brazo á su prima casi privada de sentido, saludó por segunda vez y salió apresurada de la estancia. Como los criados sabian que su señor quedaba en el gabinete, nadie trató de oponerse á la partida de las que se retiraban del cuarto privilegiado. Gelsomina, mas impaciente que su prima por abandonar un sitio que miraba como impuro, apenas podia respirar cuando llegaron donde las aguardaba la góndola. El barquero las ayudó á bajar la escalera, y en un minuto las alejó de una casa que ambas deseaban perder de vista, aunque por bien distintas razones.

Era tal la agitacion que sentia Gelsomina, que no cuidó de cubrirse el rostro al salir de la estancia de don Camilo : y apenas hubo entrado en el canal la góndola,

sacó la cabeza por la ventanilla para respirar el fresco ambiente de la noche.

Los rayos de la luna caían perpendicularmente sobre sus ojos llenos de dulzura y de inocencia, y sobre unas mejillas animadas entonces con colores debidos en parte á su altivez humillada, y al gozo de verse libre de una situacion á su parecer degradante. Tenia puesta la mano en la frente, pero al retirarla advirtió que el gondolero la hacia señas levantando al propio tiempo un poco la máscara.

— ¡Carlos!... iba á gritar; pero otra seña aun mas expresiva la impuso silencio.

Gelsomina se retiró de la ventanilla y cuando cesaron los latidos de su corazon, inclinó la cabeza dirigiendo al Cielo una corta plegaria en accion de gracias por hallarse bajo la salvaguardia de un hombre en quien tenia entera confianza.

El gondolero no preguntó adonde de-

bia conducir las : la barca continuó dirigiéndose al puerto, lo que tuvieron por muy natural las dos primas, suponiendo Annina que se encaminaba á la plaza donde ella pudiese estar sola; pero persuadida Gelsomina de que aquel á quien llamaba Carlos no ejercia otra profesion que la de gondolero, creyó como era regular que la conducia á su morada.

Aunque la inocencia pueda sufrir con valor el desprecio del mundo, no así el de las personas á quienes se ama. Todo cuanto la falsa Annina refiriera á su prima de don Camilo y de las dos damas que dejara en su aposento, acudió de tropel á su imaginacion; y encendiéndosele la sangre al considerar el juicio que podría formar de ella su amante por su conducta, decíase á sí misma con la ingenuidad que la caracterizaba: — Carlos me conoce muy bien, y no concebirá la menor sospecha contra mí....

Sin embargo, obligábala su delicadeza á descubrir la verdad; y como la dilacion en semejantes casos es mas penosa que la misma justificacion siempre humillante para la virtud, salió del pabellon á pretexto de gozar del aire, dejando sola á Annina, á quien no la pesó quedarse, pues necesitaba reflexionar sobre todos los rodeos de la tortuosa senda que hasta entonces siguiera.

— ¡Carlos! dijo al gondolero luego que salió del pabellon, viendo que continuaba remando en silencio.

— ¡Gelsomina!

— ¿No me haces ninguna pregunta?

— Sé de lo que es capaz tu pérfida prima, y pienso que eres presa de sus engaños. Ya llegará dia en que te penetres de la verdad.

— ¿Me conociste cuando te llamé desde el puente?

— No. Solo trataba de buscar un parroquiano para no malgastar el tiempo.

— ¿Y por qué dices que mi prima es pérfida, Carlos?

— Porque no hay en Venecia un corazon mas alevoso ni una lengua mas falsa.

Recordó entonces Gelsomina las palabras de doña Florinda. Annina era prima suya y habia sabido inspirarle la natural confianza que una joven inexperta concede siempre á la supuesta integridad de una amiga, hasta que llega á desvanecerse la ilusion. Annina habia logrado convencer á su prima á muy poca costa que las dos damas á quienes abrigara en su casa eran unas criaturas despreciables; pero en

aquel instante hallábase Gelsomina al lado del hombre á quien tenia por mas veraz que nadie en el mundo, y acusaba este abiertamente á Annina. En semejante perplejidad, la turbada doncella obró segun los preceptos que su corazon y naturaleza la sugirieron. Refirió sin titubear y en voz baja al supuesto Carlos todos los incidentes de aquella noche, y cuanto la habia dicho su prima sobre la conducta de las dos damas que habia dejado en la carcel.

— Basta, dijo Jacobo despues de haber escuchado con tal atención á Gelsomina, que hubo de parar en su faena dejando flotar el remo á merced del agua; todo lo he comprendido. Guárdate de dar crédito á cuanto diga tu prima, pues el Senado es menos falaz que ella.

Estas palabras, dichas con firmeza, aunque con precaucion, impusieron á Gelsomina de cuanto queria decirle. En segui-

da se retiró al pabellon admirada de lo que acababa de oir, y el gondolero continuó bogando como si nada hubiera pasado entre los dos.



## CAPITULO III.

No ignoraba Jacobo ninguno de los rodeos de la astucia veneciana. Sabia muy bien la infatigable constancia con que los Consejos, por medio de sus agentes, seguian los movimientos de aquellos cuyas

acciones les interesaba averiguar; pero no por esto se lisonjaba de haber obtenido todas las ventajas que al parecer le procuraban las circunstancias. Annina estaba indudablemente en sus manos, y era imposible que hubiese dado parte de cuanto acababa de saber por medio de Gelsomina. Pero un gesto, una mirada al pasar por delante de la puerta de la cárcel, la demostración de hallarse violenta, ó una simple exclamación podían despertar las sospechas de millares de espías asalariados por la policía; y así creyó que lo primero y mas importante era llevar á Annina á parage seguro, pues volver al palacio de don Camilo era arrojarle en medio de los satélites del Senado. Sin embargo, aunque el señor napolitano, contando con su rango é influencia, hubiese preferido dar libertad á una doncella mas bien que retenerla en su poder despues de haberse

enterado de cuanto ella sabia, era negado ya el caso de dejarla ir libre, porque podia comunicar á los empleados de la policía las noticias necesarias para apoderarse de nuevo de las fugitivas. Continuaba navegando la góndola y dejando tras sí los palacios y demás edificios: la impaciente Annina asomó á su vez la cabeza por la ventanilla para ver donde se hallaba, y viéndose en el puerto en medio de los navios, quedóse algo suspensa. Bajo pretexto de respirar como Gelsomina el ambiente de los canales, salió del pabellon y se acercó al gondolero.

— Quisiera desembarcar inmediatamente en la puerta del agua del palacio del Dux, le dijo poniéndole una moneda de plata en la mano.

— Sereis obedecida, *bella donna*; pero, ¡diantre! mucho me admira que doncella

tan sagaz como vos no haya olfateado los tesoros que encierra esa falúa.

— *¿La Sorrentina?*

— ¿Pues que otro patron trae mejor vino al Lido? Modera tu impaciencia por llegar al palacio, hija del honrado Tomaso, y entra en ajuste con el patron; pues nosotros la gente de los canales te haremos gasto.

— ¿Conócesme por ventura...?

— Por la linda tabernera del Lido... No hay gondolero que no te conozca tanto como los muros de las lagunas.

— ¿Y por qué vas encubierto? ¿Eres acaso Luisito?

— ¿Qué importa que me llame Luis, Enrico ó Gorgio? Yo soy uno de tus par-

roquianos, y venero hasta el mas pequeño pelo de tus pestañas. Ya sabes, Annina, que nuestros jóvenes patricios tienen sus caprichos, y que nos han obligado bajo juramento á guardar sigilo hasta que haya pasado todo peligro de ser descubiertos. Si algun impertinente me siguiese, podria preguntarme adonde he estado al principiar la noche.

— Paréceme que lo mejor hubiera sido darte una moneda de oro y enviarte de hecho á tu casa.

— ¿Para que me siguieran hasta la puerta como á un judío denunciado? Cuando haya confundido mi barca entre un millar de otras, entonces será ocasion de quitarme la máscara. ¿Quieres subir á bordo de *La bella Sorrentina*?

— Inutil es preguntármelo cuando no

obedeces otras órdenes que las de tu propio capricho.

Sonrióse el gondolero é hizo una seña con la cabeza para darla á entender que penetraba sus secretos deseos. Annina dudaba aun si le haria ó no cambiar de resolucion cuando se detuvo junto á la falúa.

— ¿Entramos á hablar al patron? preguntó Jacobo.

— ¿Para qué, no habiendo vino?

— Yo sé mejor que tú lo que hay... Conozco al hombre y sus subterfugios.

— Pero ¿y mi prima?

Jacobo no respondió nada á esta pregunta: la tomó en sus brazos con un aire entre galán y resuelto; colocóla en la cubierta de *La Sorrentina*, y en seguida saltó él mismo

sin darla lugar á pensar un solo minuto sobre lo que la pasaba, obligándola á bajar á la cámara, donde la dejó cada vez mas sorprendida de semejante procedimiento, bien que decidida á no manifestar á un extraño la manera como defraudaba los derechos de las aduanas.

Dormia á la sazón Estéfano en la cubierta sobre una vela. Jacobo le tocó con el pie, y despertando sobresaltado vió delante de sí al supuesto Rodrigo.

— Perdonad, *signore*, dijo el patron levantándose con apesuramiento, ¿Ha llegado ya el cargamento?

— Una parte. Acabo de traer á cierta Annina Torti, hija del viejo Tomaso Torti, tabernero del Lido.

— ¡*Malre Santa!* ¿Conviene acaso al

Senado desterrar de la ciudad á esa joven?

— Sí; y su detencion es para él de la mayor importancia. La he traído hasta aquí sin que sospechase mi designio, so pretexto de que tú podrias proporcionarla buen vino en secreto. Así pues, queda á tu cargo el que no pueda salir del barco.

— Nada mas facil, respondió Estéfano corriendo hácia el camarote y echando el cerrojo de la puerta.

— Muy bien; leva ahora el ancla, y vé á situarte á la cabeza de todos estos navios.

— Dentro de cinco minutos todo estará ejecutado.

— Pues no te detengas, porque grandes cosas dependen del modo con que desempeñes tan delicado encargo. En breve volveré á verte. Cuidado con ello, Estéfano: vigi-

la tu prisionera, porque el Senado tiene el mayor interés en que no logre fugarse.

El calabrés hizo el gesto significativo de un hombre iniciado en un misterio, y que quiere expresar la confianza que tiene en su destreza. Mientras que el creído Rodrigo saltaba á su góndola, Estéfano despertó á los marineros, y al llegar Jacobo al canal de S. Marcos, ya estaban desplegadas las velas de la falúa, y salía el calabrés por entre los navios surtos en el puerto, para ir á fondear mas lejos.

La góndola arribó en pocos minutos á la puerta del agua del palacio. Gelsomina entró en él y subió la escalera por donde habia salido. Todavía estaba de faccion el mismo alabardero, que le habló como antes en términos de galanteria sin oponerse á su paso.

— ¡Aprisa, nobles señoras, aprisa, por

la Virgen María! exclamó Gelsomina entrando aceleradamente en la estancia donde doña Violeta y el ayá aguardaban su regreso. Mi debilidad por poco os es funesta, y así no hay que perder un momento. Seguidme, y no os detengais ni aun para respirar.

— ¡Estás turbada y sin aliento! dijo doña Florinda. ¿Has visto al duque de Sta. Agueda?

— Nada me preguntéis, sino pensad en seguirme.

Gelsomina tomó la lámpara, y dándoles una mirada como para suplicarlas fuesen tras de ella, salió del aposento. No es necesario decir si las damas la siguieron.

Fuera ya de la prision sin ningún obstáculo, pasaron el puente de los Suspiros, pues Gelsomina, como se ha dicho, con-

servaba todavía en su poder las llaves. Bajaron la escalera principal del palacio, y habiendo llegado á la galeria abierta sin encontrar á nadie, atravesaron el palacio hallándose en breve en la puerta del agua donde las esperaba Jacobo.

Al instante surco su góndola las aguas del puerto con direccion á la falúa, cuya blanca vela se distinguia con la claridad de la luna, ya hinchada por el viento ó ya pegada al mastil, segun que los marineros aceleraban ó retardaban la marcha. Sumamente conmovida, siguióles Gelsomina con la vista algunos instantes, y atravesando despues el puente del muelle, entró de nuevo en la prision por la puerta pública.

—¿Queda bien asegurada la hija del viejo Tomaso? preguntó Jacobo al entrar por segunda vez en *La bella Sorrentina*.

— Tan segura como el lastre que sigue

el movimiento del agua, ya á un lado del camarote ya á otro: ved el cerrojo echado en la puerta, Maese Rodrigo.

— Muy bien. Aquí te traigo mas cargamento. ¿Tienes corriente el pase para presentarlo á la galera de guardia?

— Todo está á la vela, señor. ¿Vióse alguna vez que olvidase Estéfano Milano las precauciones necesarias en el momento crítico? ¿Por vida...! Dejad que venga la brisa, que aunque el Senado quisiera volver á llamarnos, en vano haría correr tras de nosotros á todos sus esbirros.

— Buen Estéfano, despliega todas tus velas, porque nuestros amos vigilan hasta el menor de tus movimientos y toman el mas vivo interés en tu diligencia.

Mientras que el calabrés ejecutaba esta

orden, Jacobo ayudó á salir á las damas de la góndola: desplegaronse sus velas en un minuto, y la espuma que despedían los costados del buque anunció que todo estaba en movimiento.

— Llevas de pasageras á unas nobles señoras, dijo Jacobo al patron cuando concluyó las necesarias faenas; y aunque razones políticas exigen alejarlas de la ciudad por cierto tiempo, tambien se quiere que obedezcas y consultes hasta sus menores deseos.

— Perded cuidado, maese Rodrigo; pero aun no me habeis dado las instrucciones necesarias acerca de mi destino. Una falúa que ignora el rumbo que lleva, es lo mismo que un buho en pleno día.

— En breve lo sabrás: un ministro de policia vendrá á tratar de este asunto con-

tigo... Ahora escucha: no quisiera que mientras esas nobles señoras estén á tu bordo sepan que viajan en compañía de una muger como Annina, pues podrian quejarse de que se les faltaba al respeto. ¿Lo entiendes, Estéfano?

— ¡Votová! ¿Soy loco ó tonto? Si por tal me teneis, ¿á que valerse de mí el Senado? Esa muchacha permanecerá donde queda, y con eso no la verán las damas. En tanto que quieran respirar el aire de la noche, no les incomodará con su presencia.

— Bien; voy tranquilo sobre ese punto. Marcha á esperarme mas allá del Lido; y si antes de la una de esta noche no vuelves á verme, darás la vela para Ancona, donde recibirás nuevas órdenes.

Estéfano, que en muchas ocasiones recibiera instrucciones del pretendido Rodrigo,

ofreció seguir estrictamente las que acababan de comunicársele, y sin hablar mas palabra se separaron. Supónese que Jacobo instruyó á las dos fugitivas sobre el modo con que debian conducirse mientras estuviesen á bordo.

Jamás hendió las aguas la góndola de Jacobo con tanta rapidez como en aquel momento al dirigirse á tierra. En medio del continuo paso de infinitas barcas, no parecia probable que se distinguieran las maniobras de la suya. Seguro, pues, de no haber sido notado, llegó al muelle de la plaza sin que se hubiese observado las veces que habia pasado por delante de aquellos sitios, y quitándose la máscara que le encubria, saltó en tierra. Acercábase la hora en que habia citado á don Camilo Monforte, y atravesó lentamente la Piazzetta para llegar al sitio donde debia esperarle.

Jacobo, como ya queda dicho, acostumbraba á pasearse cabe las columnas de granito durante las primeras horas de la noche, y generalmente se creia que era para aguardar allí á los que le ocuparan en su tráfico de sangre, del mismo modo que los hombres ocupados en mas inocentes tratos acuden á un sitio fijo en el mercado. Al verle junto á la columna donde regularmente se apoyaba, ponian el mayor esmero en evitar su roce cuantos estimaban en algo su reputacion ó querian salvar las apariencias.

El perseguido, aunque tolerado Bravo, caminaba muy pausadamente por las losas para no faltar á la cita, sin darse prisa á llegar demasiado presto; pero antes de tocar en el puestito designado, entrególe un papel uno como sirviente y se alejó de él con presteza. Como Jacobo no sabia leer, pues en el siglo á que se refiere esta his-

toria vivian las personas de su condicion sumidas en la mas crasa ignorancia, detuvo al primero que encontró al paso, pidiéndole le leyese el papel que acababan de entregarle.

Era un honrado mercader que vivia en un barrio distante. Tomó el billete y comenzó á leer en voz alta lo siguiente: *Me han llamado á otra parte, y no puedo acudir á la cita, Jacobo...* Al pronunciar el lector este nombre dejó caer asustado el papel, y se retiró corriendo de aquel sitio.

El Bravo volvió lentamente al muelle, reflexionando en el desagradable acontecimiento que trastornaba todos sus planes; pero sintiendo que le tocaban en el hombro, volvió la cabeza para ver quien le llamaba, y se encontró con un hombre enmascarado.

— ¿Eres Jacobo Frontoni? le preguntó el encubierto.

— Él mismo.

— ¿Cumples fielmente con quien te emplea?

— Sí.

— Bien. En este bolsillo hallarás cien cequíes.

— ¿Qué vida esta en la balanza en contrapeso de este oro?

— La de don Camilo Monforte.

— ¡De don Camilo Monforte!...

— Sí... ¿Le conocas?

— Me le describis perfectamente, señor. Otro tanto daría él á su barbero por una sangría.

— Cumple como debes y se doblará la partida.

— Pero antes necesito la garantía de un nombre, pues no os conozco.

El desconocido miró con precaucion en derredor suyo, y levantando la máscara por un breve instante, descubrió al Bravo el rostro de Giácomo Gradenigo.

— ¿Te basta esta garantía?

— Sí, señor. ¿Y cuando...?

— Ahora, en este mismo instante.

— ¿Y he de dar el golpe á un hombre de su clase en su mismo palacio, ó en medio de sus placeres?

— Ven acá, Jacobo, y te diré lo necesario. ¿Llevas contigo una máscara?

El Bravo respondió afirmativamente con la cabeza.

— Cúbrete con ella el rostro, pues aquí no estás en buen olor... Entra en tu barca, é iré en breve á buscarte.

El joven patricio, que tambien estaba disfrazado, se apartó del Bravo para ir á reunirse con él en parage donde no pudiera ser reconocido. Jacobo sacó su barca de entre las muchas que se veían amarradas en el muelle, y alejóse á cierta distancia, bien seguro de que le seguían con la vista y de no estar mucho tiempo solo, en lo que no se equivocaba; porque á pocos instantes avanzó rápidamente hácia el una góndola de la que salieron dos hombres enmascarados para entrar en la suya sin proferir una sola palabra.

— Al Lido, dijo una voz que Jacobo reconoció por la de Giácomo.

Se ejecutó la orden, y la barca donde iba el joven Gradenigo les siguió á corta distancia. Luego que se hallaron bastante apartados de las otras barcas, y en sitio donde podían hablar sin temor de que nadie escuchase, salieron del pabellon los dos pasajeros, mandando por señas al Bravo que dejase el remo.

— ¿Estás en desempeñar mi encargo, Jacobo? le preguntó el disoluto hijo del senador Gradenigo.

— ¡Heriré al noble duque en medio de sus placeres?

— No es preciso. Hemos encontrado medio de sacarle de su palacio, y ahora se halla á tu disposición, sin otra esperanza que la que le presten su brazo y su aliento. ¿Quieres cumplir mi mandato?

— Con mucho gusto, señor: me com-

plazco sobremanera en habérmelas con los valientes.

— Pues pronto quedarás satisfecho. El napolitano se ha interpuesto en..... ¿diré en mis amores, Oseas? ó hallas una expresion mas acomodada..

— ¡Justo Daniel! No guardais miramientos por la reputacion ni por la seguridad de nadie, señor Giácomo, interrumpió el israelita. Pareceme, maese Jacobo, no ser necesario dar un golpe mortal. Una buena herida, capaz de desterrar de la cabeza del duque toda idea de casamiento, á lo menos por algun tiempo, ó bien para dar lugar á pensamientos de penitencia, creo que pudiera...

— Pártele el corazon, dijo vivamente Giácomo. Sé que tu mano no yerra y por eso me he dirigido á ti.

— Esa es una venganza con usura, señor Giácomo, replicó el judío menos determinado. Basta para nuestros proyectos que el napolitano guardecama un mes por lo menos.

— Envíale al sepulcro, Jacobo. Atiende bien á lo que te digo. Cien cequies por el golpe; ciento de mas por que la herida sea tal, que nada quede que hacer; y últimamente otros ciento por arrojar su cuerpo en el canal Orfano de modo que el agua no descubra jamás nuestro secreto.

— Si se cumplen las dos condiciones, será prudente precaucion llevar á cabo la tercera, dijo para sí el judío: brilló circunspecto, que preferia los expedientes secundarios menos gravosos á la conciencia... Pero, señor Giácomo, ¿no quedarais contento con una herida..

— Ni un solo cequí daría entonces. Así tomarían mayor incremento las esperanzas de esa necia doncella, y excitaria mas y mas su compasion... ¿Aceptas mis condiciones, Jacobo?

— Quedan aceptadas.

— Siendo así, vamos al Lido, donde le encontrarás entre las tumbas de los amigos y parientes de Oseas... ¿A qué tirarme de la ropa, necio? ¿Crees engañar á un hombre como este con algun ridiculo artificio?... Sí, Jacobo, ahora hallarás á don Camilo entre los sepulcros de los judíos. Le hemos engañado por medio de una supuesta carta de la dama á cuya mano aspiramos ambos, y aguardará esperando con abandonar el pais en su compañía. Me fio de tí para que el napolitano no quede engañado ni pierda la ilusion, al menos

en lo que le concierne. ¿Me comprendes?

— Nada hay mas claro, señor.

— Basta. Ya me conoces, y puedes contar con lo que te ofreci si me sirves bien.... Oseas, hemos concluido.

Giácomo Gradenigo hizo una seña á su góndola para que se acercase, y entregando á Jacobo un bolsillo que contenia la primera cantidad ofrecida por la sangre que queria ver derramada, entró en su barca con el aire indolente de un hombre habituado á mirar como legitimo todo medio dirigido á conseguir su objeto. No sucedia lo mismo con Oseas. Era un bribon mas bien que un malvado: el deseo de asegurar el dinero que prestara, y la promesa que tanto el padre como el hijo le hicieran de una considerable suma á coronar el éxito los designios del último sobre la mano de

doña Violeta, eran irresistibles tentaciones para un hombre abatido y despreciado de cuantos le rodeaban, y que no encontraba otro consuelo sino tratando de procurarse los medios de disfrutar lo que todos buscan con igual ahinco. Helábasele sin embargo la sangre en las venas al pensar á que punto quería llevar Giácomo las cosas, y se detuvo para hablar con el Bravo una palabra.

— Asegúrase que tu puñal es certero, buen Jacobo, le dijo á media voz: mano tan ejercitada como la tuya debe saber tan bien herir como matar. Haz una buena herida al napolitano, pero sin que le cueste la vida. El que cñe un puñal al servicio público como tú, quizá no le pesará, cuando se verifique la venida de Shiloh, de haber economizado sus fuerzas en la ocasion.

— ¿Olvidas el oro, Oseas?

— ¡Padre Abraham! y qué memoria tengo para mi edad. Dices bien, prudente Jacobo. Si; tendrás oro en cualquier acontecimiento, con tal que gobiernes las cosas de manera que quede mi jóven amigo en disposicion de hacerse dueño de la rica heredera.

Jacobo hizo un gesto de impaciencia porque en aquel momento vió acercarse rápidamente una góndola á una parte solitaria del Lido. El judío pasó á la barca de su compañero, y el Bravo se acercó á fuerza de remo á tierra. Apenas tocó con el pie las arenas, dirigióse precipitadamente hácia los sepulcros en donde hiciera sus declaraciones al que tenía encargo de ase-sinar aquella noche.

— ¿Vienes en mi busca? le preguntó un hombre que salió detrás de un montecillo

de arena, aunque con la precaucion de sacar la espada antes de dar un paso.

— Precisamente, señor duque, respondió el Bravo quitándose la máscara.

— ¡ Jacobo ! Aun es mayor mi dicha de lo que yo esperaba. ¿ Has adquirido noticias de mi esposa ?

— Seguidme, don Camilo ; pronto tendreis el gusto de verla.

No había necesidad de apoyar semejante promesa en ningun medio persuasivo. Don Camilo entró en la góndola del Bravo, y al llegar á uno de los caminos del Lido que conducian al golfo, le explicó todo lo ocurrido, sin omitir el designio del joven Gradenigo de atentar á su vida.

La falúa, que con mucha anterioridad

había recibido el pase necesario de los agentes de la policia, siguió para salir del puerto el mismo rumbo por donde la góndola entró en el Adriático. El mar estaba tranquilo ; una buena brisa soplaba de la parte de tierra, y todo favorecia á los fugitivos. Doña Violeta y su aya, apoyadas contra un mastil y fijando impacientes miradas en las lejanas cúpulas de Venecia, admiraban la belleza que el conjunto de edificios presentaba á media noche. De tiempo en tiempo llegaran á su oido los melodiosos ecos de las músicas que sonaban en los canales, infundiendo en el corazon de la hija de Tiepolo un natural sentimiento de melancolia al considerar que acaso era aquella la última vez que escuchaba unos sonidos tan gratos en el lugar de su nacimiento ; mas un puro é inesperado placer disipó todos sus pesares cuando al saltar don Camilo de la góndola á la falúa es-

trechóla enagenado de júbilo contra su pecho.

Ninguna dificultad costó persuadir á Estefano á que abandonase para siempre el servicio del Senado por el de su señor feudal. Las promesas y las órdenes de don Camilo bastaron para decidirle á ellos; y luego que todo estuvo arreglado, conocieron cuán necesario era no perder un instante. Desplegaronse las velas, y la falúa comenzó á alejarse de la orilla. Jacobo dejó que su góndola signiese á remolque hasta una legua dentro del mar, antes de resolverse á saltar en ella.

— Es preciso que vayais á Ancona, señor don Camilo, á ponerlos inmediatamente al abrigo del cardenal secretario, dijo el Bravo apoyado en el borde de la falúa sin determinarse á partir todavía. Si Estefano se mantiene en estos mares, pue-

de muy bien suceder que dé con las galeras de la República.

— Nada temas por nosotros. Pero y tú, honrado Jacobo, ¿cuál será tu suerte quedándote en Venecia?

— Tranquilizaos, señor. Dios dispone de todo segun su santa voluntad. Ya he dicho á V. E. que aun no me es dado abandonar la ciudad; mas si la suerte me fuese propicia, espero ver algun dia vuestro castillo de Sta. Agueda.

— Y nadie será mejor acogido ni estará mas seguro que tú dentro de sus muros. Pero lo repito, Jacobo..... Yo tiemblo por tu suerte.

— Dejadlo señor: conozco el peligro, la miseria, desesperacion. Esta noche he gozado un momento de placer al ver

la dicha de dos corazones tiernos, y hace tiempo que Dios no se habia dignado proporcionarme otro igual..... Señora, continuó dirigiéndose á doña Violeta, los bienaventurados quieran velar sobre vos, y el supremo Hacedor os preserve de todo riesgo.

Dicho esto, besó la mano de la noble dama, que ignorante de la mitad de los servicios que le prestara, escuchábale con asombro.

— Don Camilo Monforte, prosiguió Jacobo, temed á Venecia hasta el dia de vuestra muerte. Cuidado con que jamás ninguna promesa, ninguna esperanza, ningun deseo de aumentar vuestros honores ó riquezas sean bastantes á induciros á que os pongais bajo su dominio. Nadie como yo conoce la falsedad de esta República; y mis últimas palabras se diri-

gen á persuadiros eficazmente que desconfieis de ella.

— Hablas como si no debiésemos vernos nunca mas, digno Jacobo.

El Bravo volvió á este tiempo la cabeza hácia la luna, apareciendo en sus labios una sonrisa melancólica por la satisfaccion que le causaba la dicha de ambos amantes, aunque acompañada de tristes presentimientos sobre su futura suerte.

— Los mortales solo conocemos lo pasado, respondió con voz sepulcral.

Dicho esto besó la mano de don Camilo, y saltó aceleradamente en la góndola. Desató la cuerda que la sujetaba á la falúa, y esta se alejó dejando solo en medio de las aguas del Adriático á aquel hombre extraordinario. Don Camilo corrió á la po-

pa, y vió por la última vez al Bravo que regresaba al teatro de astucias y de violencias, del cual alegrábase en extremo haber podido escapar él mismo.

**CAPITULO III.**

Al amanecer del día siguiente la plaza de S. Marcos estaba desierta. Los ministros del santuario oraban junto al féretro del viejo Antonio, y aun permanecían en la catedral y sus cercanías algunos pesca-

pa, y vió por la última vez al Bravo que regresaba al teatro de astucias y de violencias, del cual alegrábase en extremo haber podido escapar él mismo.

### CAPITULO III.

Al amanecer del día siguiente la plaza de S. Marcos estaba desierta. Los ministros del santuario oraban junto al féretro del viejo Antonio, y aun permanecían en la catedral y sus cercanías algunos pesca-

dores, cuyos ademanes denotaban cuán poco satisfechos quedaron sobre el modo como terminara su compañero una miserable existencia. Gozaba la ciudad á estas horas de la mayor tranquilidad: á la alarma esparcida en los canales al empezar la insurrección de los habitantes de las lagunas, siguió esta calma aparente é incierta, que es la consecuencia inevitable de todo sistema que carece de la base fundamental del apoyo voluntario de la masa del pueblo.

Hallábase Jacobo en aquel instante con Gelsomina en las azoteas del palacio ducal, y mientras recorrían los tortuosos pasadizos del edificio, refirióla todas las circunstancias relativas á la fuga de los dos amantes, teniendo empero la prudencia de callar el designio de Giacomo Gradenigo contra la vida de don Camilo. La sencilla doncella le escuchó con la mayor atención.

— Y crees que escapen del poder de los que mandan? preguntó Gelsomina en voz baja, pues pocos en Venecia se atrevieren á hacer de otro modo esta pregunta; ya sabes que las galeras de la República cruzan de continuo por el Adriático.

— Harto me consta, respondió el Bravo, y por lo mismo aconsejé al calabrés que dirigiese la proa hácia el puerto de Ancona. Una vez en los Estados de la Iglesia, la influencia de don Camilo y los derechos de su esposa les pondrán al abrigo de todo peligro: ¿ Hay en este edificio alguna ventana con vistas al mar?

Gelsomina le condujo entonces á un aposento desde donde se descubría todo el Lido y gran parte del Adriático. Una fuerte brisa, pasando por encima de los techos de las casas, cimbreaaba ligeramente

los mástiles de los buques anclados en el puerto, y agitaba las lagunas. Desde este punto hasta la barrera de arenas, veíanse las hinchadas velas y los esfuerzos que hacían los gondoleros para acercarse al muelle luchando contra un viento sobrado recio. El mar estaba agitado de la otra parte del Lido, y mas lejos distinguíanse las espumosas olas movidas por la violencia de la brisa de tierra.

— ¡ Alabada sea la Virgen ! exclamó Jacobo luego que hubo cesado de examinar la escena que se presentaba á sus ojos ; ya están bien lejos de la costa, y con un viento como este, dentro de algunas horas entrarán en el puerto. Guíame al calabozo, Gelsomina.

Sonrióse la doncella al oír hablar de la seguridad de los fugitivos ; pero una mortal tristeza cubrió su hermoso rostro cuan-

do vió que Jacobo cambiaba de parecer. Sin embargo, accedió sin replicar á sus deseos, y en breve se hallaron junto al humilde lecho del anciano, que absorto en sus pensamientos no advirtió la llegada de los dos amantes.

— Padre mio, dijo Jacobo con el acento melancólico con que naturalmente hablaba al cautivo, aquí teneis á vuestro hijo.

Estas palabras le sacaron de su enagenamiento ; y aunque mucho mas debil que cuando su hijo le visitó la vez última, asomó á sus amortiguados labios una debil sonrisa.

— ¿ Y tu madre ? preguntó con un interés que obligó á Gelsomina á volver la cabeza apresuradamente para ocultar su emoción.

— ¡ Es dichosa, padre mio , dichosa !...

— ¿ Puede serlo sin mi ?

— Siempre lo es en espíritu : se acuerda de vos en todas sus oraciones. Teneis en mi madre una santa que intercede por vos, padre mio.

— ¿ Y tu buena hermana ?

— Tambien es feliz , no lo dudeis. Las dos sufren resignadas.

— ¿ Y los senadores ?

— Siempre lo mismo : sin alma, egoistas y soberbios , respondió Jacobo ; y volviendo al propio tiempo la cabeza , fulminó una maldición contra ellos en voz tan baja que no pudo ser oido.

— Engañáronse los nobles señores cre-

yendo tener yo parte en la tentativa dirigida á defraudar las rentas de la República, replicó el anciano con acento tranquilo y resignado. Dia llegará en que reconozcan su yerro.

Jacobo no respondió nada. A pesar de sus ningunas luces , y privado de los conocimientos que todo gobierno paternal mira hoy como el mayor de los deberes propagar entre sus subditos , pusiérale su natural inteligencia en estado de comprender que un sistema que se anunciaba como fundado en los talentos superiores de un cortísimo número de individuos privilegiados, no podia menos de ser absolutamente falso en sus teorías.

— Los tratas con excesiva injusticia, hijo mio : son patricios ilustres , y no tienen un motivo legitimo para oprimir al desgraciado como yo.

— En efecto, no les asiste otra causa que la necesidad de mantener en toda su fuerza la severidad de unas leyes que les han hecho á ellos senadores, y á vos su prisionero.

— Ya te digo, hijo mio, que he conocido dignos senadores. Entre ellos se cuenta el señor Tiepolo, que me hizo grandes servicios en mi juventud; y sin esta delacion falsa, veriasme hoy dia el mas afortunado de mi profesion en Venecia.

— Roguemos, padre mio, por el descanso del senador Tiepolo.

— ¿ El ilustre patricio ha muerto?...

— Asi lo publica un suntuoso mausoleo de la iglesia del Redentor.

— Todos debemos terminar nuestra carrera con la muerte, dijo el anciano santi-

guándose; el Dux como el patricio, y este como el gondolero Jacob...

— ¡ Padre mio! exclamó el Bravo con aceleramiento para estorbar que concluyese esta frase; y arrodillándose despues junto al lecho, le dijo: ¿ Os olvidais de los motivos que hay para no pronunciar este nombre? Ya os he dicho muchas veces que si me llamis así, no podré venir á visitaros.

El preso le miró con turbados ojos; porque la debil naturaleza presentaba como un enigma á su imaginacion lo que en otro tiempo le pareciera sobrado claro. Despues de haber tenido clavada la vista en el por largo tiempo, dirigióla á la pared dando una pueril carcajada.

— ¿ Quieres mirar si ha vuelto la araña?

Jacobo suspiró y apresuróse á complacerle.

— No la veo, dijo; todavía no hace bastante calor.

— ¡Bastante calor!... ¡Corre por mis venas un fuego que me abrasa! ¿Olvidas que cubre el plomo nuestras cabezas, hijo mio?... ¡Y el sol!... ¡El sol!... Los ilustres senadores no saben qué tormento es pasar el frío invierno en los calabozos subterráneos al nivel de los canales, y el estío bajo un metal ardiente.

— Ellos no piensan mas que en su poder, dijo en voz baja Jacobo. Ese poder usurpado por la injusticia, debe sostenerse por injustos rigores. Pero ¿de qué sirve discurrir de esta suerte? ¿Qué os falta, padre mio?

— Aire, hijo, aire. Proporcióname el

aire que Dios concede al mas humilde de los seres que ha criado.

El Bravo se precipitó á una de las hendiduras que se veían en aquel asilo venerable, aunque mancillado con tantas crueldades, haciendo los mayores esfuerzos para ensancharla, hasta que brotó la sangre de sus dedos sin lograr el deseado objeto.

— ¡La puerta! Gelsomina, abre la puerta! exclamó acercándose al lecho de su padre extenuado de fatiga.

— Ya no padezco tanto, dijo el anciano. Cuando te hayas ido sufriré; y cuando quede entregado á mis pensamientos, me representaré á tu madre llorando y á tu hermana desolada: entonces tendré necesidad de aire. Dime, ¿estamos en el mes abrasador de agosto?

— Aun no entramos en junio.

— ¡ Con que todavía he de sufrir mas fuertes calores ! ¡ Cúmplase la voluntad de Dios ; y la gloriosa Virgen María su immaculada madre me dé las fuerzas necesarias para sobrellevarlos !

La mirada de Jacobo era en este momento casi tan espantosa como la del ojo frío y helado del anciano. Su pecho se elevó extraordinariamente ; apretó con fuerza los puños , y se oyó el ruido de su respiración comprimida.

— No, dijo en voz baja pero que daba á entender evidentemente lo invariable de su resolución ; no sufriréis tales tormentos. Levantaos, padre mio, y seguidme. Tenemos las puertas francas ; estamos provistos de llaves, y conozco todos los laberintos del palacio. Yo buscaré medio

de ocultaros hasta la noche, y entonces abandonaremos para siempre esta maldita República.

Una mirada de esperanza apareció en los ojos del anciano al oír esta proposición inspirada por una especie de delirio ; pero dudando que los medios de ejecutarla fuesen practicables, cambió repentinamente su expresión.

— Hijo mio, ¿ has olvidado á los que están allá arriba ?

— No conozco allá arriba mas que á un Ser superior á todos nosotros.

— ¿ Y crees poder engañar á esa doncella ?

— Esta doncella ocupará vuestro lugar. Compadécese vivamente de nosotros, y se presiará gustosa á sufrir un acto vio-

lento en la apariencia. ¿No es esto prometer demasiado por tí, Gelsomina?

La triste joven, espantada de aquella escena, porque nunca había visto en el supuesto Carlos tan evidentes muestras de una resolución desesperada, cayó desfallecida en un asiento sin poder articular una sola palabra, mientras que el preso mirando alternativamente á ambos jóvenes hizo un esfuerzo para levantarse; pero en el mismo instante volvió á caer sobre la paja. Entonces fué cuando conoció Jacobo lo impracticable de su proyecto, concebido en un momento de exaltación. Poco á poco fué calmándose la agitación de su pecho, y apareció en su semblante la acostumbrada impassibilidad que le caracterizaba.

— Padre mio, le dijo; debo dejaros. Nuestros males van á terminarse.

— ¿Volveré á verte presto?

— Si lo quieren los santos..... Dadme vuestra bendición.

El anciano tuvo extendidas las manos sobre la cabeza de Jacobo dirigiendo al Cielo una fervorosa plegaria á favor de aquel hijo, único consuelo que le quedaba en la tierra. Concluida la ceremonia, puso el Bravo junto al lecho el alimento y demás que pudiera necesitar, y retiróse con Gelsomina.

No mostraba Jacobo muchos deseos de alejarse de las inmediaciones del calabozo que ocupaba su padre. Parecía que un lúgubre presentimiento le anunciaba que las visitas á escondidas iban á terminarse en breve. Sin embargo, despues de haberse detenido un rato, bajaron al piso inferior, y deseando Jacobo salir del palacio sin pasar por la cárcel, dispúsose

Gelsomina á conducirle por el corredor principal.

— Carlos, nunca te vi tan triste, le dijo siguiendo con vivo interés sus miradas que él se esforzaba en apartar de ella: me parece que debieras regocijarte por la buena suerte del duque napolitano y de la señorita Tiepolo.

— Su felicidad es un rayo del sol en un día de invierno, buena Gelsomina... Pero nos siguen. ¿Quién es ese espía que observa todos nuestros pasos?

— Un sirviente del palacio que siempre encontramos en esta parte del edificio... ¿Te sientes cansado? Entra aquí, y recrearemos otra vez la vista con el mar.

Jacobo siguió á su guía á uno de los aposentos abandonados del segundo piso,

pues en realidad deseaba examinar lo que pasaba en la plaza antes de salir del palacio. Fijó primeramente los ojos en el mar, y vió que las olas se precipitaban hácia el sur impelidas por la brisa que bajaba de los Alpes; y luego que quedó satisfecho con esta vista, dirigió su mirada á mas cercanos objetos. En este momento salió del palacio un empleado de la República precedido de un trompeta y acompañado de algunos soldados, como era costumbre cuando el Senado queria promulgar un bando. Gelsomina abrió una ventana, á la cual se acercaron ambos para escuchar mejor. Llegado que hubo el reducido acompañamiento en frente de la catedral, un toque de trompeta impuso silencio, y el heraldo, alzando la voz, se explicó en estos términos:

— Como en pocos días hayan perecido

asesinados varios ciudadanos pacíficos y honrados, el Senado, cuyos paternos desvelos se dirigen á mirar por la seguridad de todos sus súbditos, ha creído conveniente recurrir á medios extraordinarios para estorbar que vuelvan á cometerse crímenes tan contrarios á la ley de Dios y á la seguridad de la sociedad. En su consecuencia, el ilustre Consejo de los Diez ofrece una recompensa de cien cequies al que descubra al autor de cualquiera de estos horribles homicidios. Y atendiendo también á que la noche anterior se ha sacado del fondo de las lagunas el cuerpo de un individuo llamado Antonio, pescador bien conocido y digno ciudadano muy estimado de los patricios; y habiendo fuertes indicios que manifiestan haberle ahogado cierto Jacobo Frontoni, á quien todos apellidan el Bravo: en nombre de las autoridades, que hace tiempo espíaban los

pasos de este criminal, invítase y encárgase á todos los buenos y pacíficos ciudadanos que auxilién á los ministros de justicia en la captura de dicho Jacobo Frontoni, aun cuando se refugie en el santuario, porque Venecia no puede tolerar que exista un hombre que ha tomado por ejercicio derramar la sangre de sus semejantes. Y para mayor estímulo, el Senado ofrece por su arresto la cantidad de trescientos cequies.

Como los que cubrían con tan espeso velo las medidas del gobierno, rara vez hacían públicas sus intenciones, el bando llenó de espanto y de terror á cuantos llegaron á oírle. Muchos temblaron al ver ostentar en aquel decreto el poder misterioso y terrible del Senado, al paso que la mayor parte no pudo menos de expresar altamente su admiración por los cui-

dadosos y paternales desvelos de los que manejaban el timon de la República. Pero nadie como Gelsomina escuchó con mas interés las palabras del heraldo. Tenia casi medio cuerpo fuera de la ventana para no perder una sílaba.

— ¿Has oido, Carlos? dijo retirando la cabeza : al fin ofrecen una recompensa por la prision del monstruo que ha cometido tantos homicidios.

— Los patricios son equitativos, respondió con una risa sardónica, y cuanto hacen es justo..... Son de ilustre nacimiento y no pueden engañarse : ellos cumplirán con su deber...

— En esto no hacen mas que llenar los que tienen contraidos con Dios y con el pueblo.

— Mucho he oido hablar de los debe-

res de este, pero poco ó nada de los del Senado.

— No podemos negar que cumple con ellos, Carlos, pues que en el hecho trata de asegurar la vida y la tranquilidad del ciudadano. Ese Jacobo es un malvado á quien todos detestan y sus crímenes son desde muchos años el oprobio de Venecia. Ya ves como los patricios prodigan el oro cuando hay esperanza de apoderarse de su persona... Pero, escucha, que van á repetir el bando.

La trompeta sonó de nuevo; y colocándose el heraldo entre las columnas de granito, casi debajo de la ventana donde estaban asomados Gelsomina y su inalterable compañero, leyó por segunda vez el bando.

— ¿A qué ponerte la máscara, Carlos?

le preguntó la hija del carcelero concluida la lectura. A semejantes horas no se acostumbra estar así en el palacio.

— Creerán que soy el Dux que se avergüenza de oír proclamar su liberalidad y justicia, ó acaso me tendrán por uno del Consejo de los Tres.

— Siguen por el muelle para ir al arsenal, donde tomarán una barca para pasar á Rialto segun costumbre.

— Y por este medio advertirán con tiempo á ese terrible Jacobo para que se oculte. Vuestros jueces son misteriosos cuando debieran ser francos; y... Fuerza es separarnos, Gelsomina; proporcióname la salida por el patio del palacio, y vuélvete al aposento de tu padre.

— No es posible, Carlos: ya sabes el

permiso concedido por las autoridades y yo he traspasado los límites: ¿por qué he de ocultártelo? No me es dado entrar aquí á semejante hora.

— Y tú, interesante Gelsomina, has tenido valor de quebrantar las órdenes por amor mio? preguntó Jacobo con ternura.

La doncella bajó la vista semejándose el carmin de su frente á la rosada luz de su Italia.

— Lo has acertado, respondió.

— Gracias, dulce y compasiva Gelsomina; mil gracias: pero sosiégate, que yo hallaré medio de salir sin ser visto. El riesgo estaba en entrar.

— Nadie puede pasar de dia con el rostro  
IV.

tro cubierto por delante de los alabarderos á menos de dar el santo.

Esta advertencia puso en la mayor perplejidad al Bravo. Conocía tan á fondo las condiciones con que se le permitiera la entrada en la cárcel, que miraba como poco prudente salir de ella para bajar al muelle que era por donde había venido. No dudaba que los que custodiaban la puerta exterior y que probablemente sabían que se hallaba dentro, impedirían su evasión; y la otra salida le parecía igualmente peligrosa. No le había sorprendido tanto el bando como la publicidad que el Senado creyera á propósito dar á su política; y oyó pregonarse públicamente con estremecimiento, pero sin terror. Tenía infinitos medios de disfrazarse, y como estaba tan generalmente admitida en Venecia la costumbre de las máscaras, no concibió

serios temores sobre el resultado del asunto hasta verse reducido á tan desagradable alternativa. Gelsomina leyó su indecisión en sus ojos, y se arrepintió de haberle causado tal disgusto.

— No hay tanto riesgo como crees, Carlos, le dijo: te han concedido permiso para que veas á tu padre á ciertas horas, y esto mismo prueba que el Senado no desconoce la piedad. Si yo por complacerte he quebrantado sus órdenes, es una falta que los senadores no castigarán como un crimen, pues no les creo de corazón tan duro.

Jacobo la miró con aire compasivo cierto como estaba de que no conocía la verdadera naturaleza de la insidiosa política de la República.

— Es preciso que nos separemos, respondió, para que no recaiga sobre un ino-

cente todo el peso de mi imprudencia. Estamos cerca del corredor abierto al público, y me entregaré en manos de la suerte para llegar hasta el muelle.

Gelsomina le tomó por el brazo, no queriendo abandonarle á sí mismo en aquel temible edificio.

— No es posible, Carlos; porque darás con algun soldado, y acaso te se prive para siempre de ver á tu pobre padre.

Jacobo le hizo señal para que le enseñase el camino y la siguió. Gelsomina, siempre conmovida, aunque algo mas tranquila, atravesó varias galerías cerrando cuidadosamente las puertas despues de haber pasado por ellas. Al fin llegaron al famoso puente de los Suspiros, La inquieta doncella aceleró el paso al acercarse á su morada, pensando como ocultar al

supuesto Carlos en la habitacion de su padre, caso de que hubiese riesgo en salir de la prision durante el dia.

— Un solo instante nos queda, Carlos, le dijo en voz baja introduciendo la llave en la cerradura de la puerta que comunicaba con la carcel. La llave dió la vuelta, pero las goznes permanecieron inmóviles. Gelsomina perdió el color, y exclamó: — ¡Han corrido los cerrojos por dentro!

— Nada importa: bajare por el patio del palacio, y pasare sin temor á rostro descubierto por delante del alabardero.

Gelsomina no creia hubiese ningun peligro en que su amante fuese conocido de los soldados mercenarios al servicio del Dux; y ansiosa por sacarle de una posicion tan penosa, volvió apresuradamente á la otra

extremidad de la galería. Introdujo la llave en la cerradura que poco antes abriera; pero la puerta resistió también. Un temblor universal se apoderó de la doncella, y tuvo que apoyarse contra la pared para sostenerse.

— No podemos ir atrás ni adelante, prorumpió atemorizada sin saber de qué.

— Ya lo comprendo. Estamos presos en este fatal puente, dijo Jacobo quitándose la máscara con aire tranquilo y resuelto.

— ¡Madre de Dios! ¿Qué quiere decir esto?

— Que hemos pasado este puente una vez más de lo regular, querida amiga. El Consejo es harto avaro para gustar de estas visitas.

En esto se corrieron con estrépito los cerrojos de ambas puertas, y presentóse un oficial de la Inquisición armado y llevando unas esposas en la mano, á cuya vista arrojó Gelsomina un espantoso grito; mas Jacobo permaneció sosegado interin aherrojaban sus manos.

— A mí también, exclamó su amiga fuera de sí; yo soy la más culpable. Apriónadme á mí también, sepultadme en un calabozo; pero dejad libre al pobre Carlos.

— ¡Carlos! repitió el oficial con feroz sonrisa.

— ¿Es delito ir á visitar á un padre preso? El Consejo lo sabía; se lo ha permitido: solamente Carlos se ha equivocado en la hora.

— Muchacha, ¿sabes de quién hablas?

— Del mejor corazón, del hijo más cariñoso que se encuentra en Venecia. ¡Ah! si como yo le hubieseis visto llorar por los padecimientos de su viejo padre, si hubieseis presenciado las angustias y el dolor de un buen hijo, ciertamente que os compadecierais de él.

— Escucha, replicó el oficial levantando su mano para llamar su atención.

En esto sonó la trompeta debajo del puente de S. Marcos que estaba casi á nivel de sus pies, donde se publicó de nuevo el bando por el que se ofrecían trescientos cequíes por la captura del Bravo.

— Ese es un heraldo de la República

que pone á precio la cabeza de un monstruo que lleva un puñal homicida, exclamó Gelsomina que ponía entonces poco ó ningun cuidado en el pregon: tiene bien merecido su destino.

— Entonces ¿por qué te opones á ello?

— No os comprendo, respondió la doncella casi sin aliento.

— Aturdida, este hombre que aquí ves es el Jacobo Frontoni á quien pregonan.

Gelsomina no hubiera querido dar crédito á sus ojos; pero la expresion de angustia de los de Jacobo le reveló el horrible misterio, y cayó en tierra sin sentido. Los guardias sacaron de allí en el mismo instante al Bravo.



#### CAPITULO IV.

\*\*\*\*\*

Al día siguiente notóse en las calles de Venecia aquella especie de misterioso rumor y desconfiada curiosidad tan característica de los Venecianos. Acudían en confuso tropel las gentes á ver las columnas de

granito, casi en la persuasión de encontrar al Bravo ocupando su puesto ordinario y mofándose audazmente del bando y de la República; pues habiéndosele tolerado presentarse por tanto tiempo libremente en público, nadie creía que pudiese dejar con facilidad sus contraídos hábitos. Pero viendo esta vez desvanecidos sus pensamientos, no hubo quien no encareciese altamente la justicia del Senado.

De este modo pasó el día, sin llamar la atención de los Venecianos mas que sus habituales ocupaciones: continuaron las preces de los difuntos con poca ó ninguna interrupción, y celebráronse misas en los altares de casi todas las iglesias por el descanso del alma de Antonio. Sus compañeros, desconfiados siempre, aunque por otra parte harto lisongeados su amor propio, miraban con cierto recelo las sagradas ceremonias; pero antes de concluirse

la tarde confundiéranse ya con ellos los mas humildes servidores de la oligarquía, porque el medio favorito que emplea esta clase de poder es el de apaciguar con lisonjas á los que descontenta con injusticias. Tal es el espíritu humano: la costumbre de vivir esclavo produce un profundo sentimiento de respeto aunque aparente, que inspira á los que se encuentran bajo su influencia una especie de gratitud siempre que sus superiores descienden del teatro de su grandeza y confiesan hallarse tambien sujetos á las flaquezas humanas.

Llenóse de gente la plaza de S. Marcos á la hora acostumbrada: los patricios desampararon el Broglio como de ordinario, y el regocijo llegó á su colmo antes que el reloj hubiese dado la segunda hora de la noche. Dejáronse ver entonces en los canales innumerables góndolas llenas de nobles damas; corrióse las celosías de

los palacios para dar libre entrada á la fresca brisa del mar, dejándose oír al mismo tiempo las músicas y canciones en el puerto, en los puentes y debajo de los balcones de las hermosas; sin que pudiera interrumpir el curso de los placeres la idea de no verse todavía vengado al inocente.

En aquel tiempo, como hoy día, viéranse situados en la orilla de los canales muchos palacios de casi regia magnificencia; y como ya el lector se halle enterado de la de uno ó dos de estos suntuosos edificios, guiaremos su imaginación por otro que no lo era menos.

La singular construcción de Venecia, á causa de su localidad en medio de las aguas, contribuye á que todas las casas ricas tengan uniforme apariencia. La habitación donde la historia conduce nuestros pasos, tenía su entrada por la parte del

agua, pórtico, maciza escalera de mármol, zaguan descubierto, magnífica hilerera de aposentos, preciosas pinturas, candelabros y pavimentos de ricos jaspes como los ya descritos.

Eran las diez de la noche. Una familia poco numerosa, pero interesante, formaba en esta morada un cuadro sobrado risueño. Un padre, que llegara apenas á la edad madura, en cuyos ojos brillaban á un tiempo la viveza, el espíritu, el ingenio, la humanidad, y en este momento el amor paterno, estrechaba tiernamente contra su corazón á un niño de tres á cuatro años, tan contento y arrebatado de júbilo como el que le diera el ser. Una hermosa veneciana de rubias trenzas y purpurinas mejillas, como las que solía el Ticiano pintar á las mugeres, recostada en un sofá, siguiendo con la vista todos los movimientos de dos objetos amados con el

sentimiento propio de una madre y de una esposa, sonreíase de la bulliciosa alegría de su hijo. Una doncella, perfecta imagen suya y cuyos cabellos le caían hasta la cintura, jugaba mas allá con un niño de edad tan tierna, que solos los ojos de una madre podrían descubrir en él las señales de una inocente inteligencia.

Tal era la escena que presentaba esta familia cuando el reloj de la Piazza dió las diez, á cuyo lúgubre sonido el patricio puso el niño en el suelo consultando en seguida su muestra.

— ¿Piensas salir en la góndola, querida? preguntó á la hermosa de las trenzas rubias.

— ¿Contigo, Paolo?

— No, amada mía : tengo negocios que

han de ocuparme hasta pasada la media noche.

— ¡Siempre has de hallar pretextos para huir de mi compañía !

— No, Giuletta; he citado para esta noche al administrador, y conozco demasiado tu corazón para creer que intentes detenerme cuando se trata de los intereses de nuestros hijos.

Doña Giuletta tiró del cordón de una campanilla, á cuya señal compareció una criada á quien ordenó traerle el manto y cuidar de acostar los niños. En seguida bajó á la puerta del agua acompañada de la hija mayor y de su esposo, que no se separó de ella hasta dejarla en la góndola, y allí al despedirse besó su mano con ternura, porque felizmente consultara en

su enlace la inclinacion al tiempo que los intereses.

— ¿Has preparado el gabinete para mis amigos? preguntó á un criado de confianza el señor Soranzo, pues era el mismo senador que acompañaba al Dux al presentarse este á los amotinados pescadores.

— Sí, señor.

— ¿Tendremos en él sosiego y luz, segun he prevenido?

— Cumplieronse vuestras órdenes, señor.

— ¿Y has puesto asiento para seis personas? Seremos seis... ¿lo entiendes?

— Hay seis taburetes, señor.

— Bien. Cuando llegue el primero de mis amigos, iré á reunirme con él.

— Excelencia, ya han llegado dos caballeros con máscara.

Soranzo se estremeció al oír esto; consultó de nuevo la muestra, y dirigiéndose precipitadamente á una sala retirada y silenciosa del palacio, abrió una puertecilla que daba paso á un aposento en el cual encontró á dos de los individuos que aguardaba.

— Perdonadme, señores, les dijo algo cortado: el tiempo se pasó sin haberlo advertido... Pido vuestra gracia, señores: mi exactitud en lo venidero reparará esta negligencia.

Los senadores eran de mas edad que el dueño de la casa: advertiase en su endure-

cido semblante que estaban mas habitua-  
dos al trato del mundo que Soranzo, y re-  
cibieron sus excusas con urbanidad; des-  
pues, por espacio de algunos minutos,  
giró la conversacion sobre asuntos indife-  
rentes.

— ¿ Podemos contar aqui con el silen-  
cio? preguntó uno de ellos.

— Con el del sepulcro. Nadie pisa esta  
estancia sin permiso de mi esposa, y ac-  
tualmente se halla respirando el fresco de  
la noche en los canales.

— Dicese, señor Soranzo, que vuestra  
union es de las mas felices. Sin embargo,  
creo que conoceréis la importancia de cer-  
rar esta noche la puerta aun á doña Giu-  
letta.

— ¿ Quién lo duda, señor? Ante todo  
son los asuntos de la República.

— No podeis figuraros, señor Soranzo,  
cuanto agradezco á la suerte el haber-  
me proporcionado un compañero como  
vos para el Consejo secreto.... Creed-  
me: nunca como ahora lie desempeñado  
tan terrible cargo con mas grata com-  
pañía.

Este lisongero discurso, que el viejo y  
astuto senador dirigiera probablemente á  
cuantos le asociara la casualidad en la in-  
quisicion durante su larga vida, fué muy  
bien acogido, y se le contestó con iguales  
y corteses razones.

— Parece que el honorable señor Ale-  
jandro Gradenigo era uno de los que nos  
han precedido, continuó mirando unos  
papeles (pues aunque los tres jueces fue-  
sen durante el ejercicio de sus funciones  
desconocidos á todos, excepto á algunos  
secretarios y ministros del Estado, la as-

tuta política veneciana trasmitía los nombres á sus sucesores ). Es un sugeto muy benemérito y enteramente decidido por la República , continuó.

— Ese es un asunto felizmente arreglado, respondió el viejo senador que habia contraído desde largo tiempo la costumbre de no acordarse de cuanto la política creía conveniente sepultar en el olvido luego de conseguido el fin que se propusiera : las galeras necesitan de brazos, y S. Marcos debe marchar con la cabeza erguida.

El señor Soranzo, que habia recibido de antemano algunas instrucciones para entrar á ejercer su tenebrosa jurisdiccion, estaba taciturno y pensativo.

— ¿Teneis que comunicarme asuntos importantes? les preguntó.

— Señor, hay razones para creer que el Estado acaba de sufrir enorme pérdida. Ambos conoceréis á la heredera de Tiepolo.

— Doña Giuletta habla de ella con elogio, respondió Soranzo.

— No hay una joven mas hermosa en Venecia, dijo el inquisidor tercero.

— Pues con toda su hermosura y riquezas, creo que la perdimos para siempre. Don Camilo Monforte, á quien Dios proteja hasta que no necesitemos de su influencia, por poco nos la arrebató; pero cuando desconcertaba el Estado todos sus planes, ha venido sin duda la doncella á manos de algun aventurero.

Paolo Soranzo creyó que la hija de Tiepolo se hallaba en poder del joven napolitano.

— Un secretario me ha comunicado la desaparición del duque de Sta. Agueda, observó Soranzo, y también que la falua que se empleara en comisiones delicadas no está en el puerto.

Los dos ancianos miráronse uno á otro como si empezasen á sospechar la verdad. Viendo que nada podían sacar en limpio de este asunto, no trataron de malgastar el tiempo en vanas é inútiles quejas.

— Traemos entre manos al presente dos asuntos de la mayor urgencia, repuso el mas anciano de los senadores: el cadaver del viejo pescador debe sepultarse con tranquilidad, y es preciso evitar nuevo tumulto; despues hay que disponer de ese peligroso Jacobo.

D— Muy útil sería apoderarse de su persona, replicó Soranzo.

— Ya está en poder del tribunal.

— Pues enviésele al patibulo sin tardanza.

Otra vez se miraron ambos ancianos: era evidente que como los dos habían sido en otras ocasiones miembros del Consejo secreto, usaban ciertas señas de inteligencia desconocidas de su compañero, no obstante observarse en sus miradas el deseo de contemporizar con los sentimientos del nuevo miembro del Consejo, antes de entrar mas abiertamente en las prácticas de sus deberes.

— Por la gloria de S. Marcos, señor, que la justicia tenga libre ejercicio en esta circunstancia, continuó el joven senador. ¿Qué piedad debe inspirarnos un asesino? Uno de los mas hermosos derechos de la autoridad que nos está confiada es el de

hacer un acto público de justicia tan merecido.

— Teneis razon, señor Soranzo, en rendir este homenaje á nuestros derechos, respondió el mas anciano. Se han encontrado en la garganta del leon varias acusaciones contra el napolitano Monforte; y de jo á vuestra prudeacia, mis ilustres colegas, el cargo de decidir sobre ello.

— La maledicencia se descubre á si misma, replicó el nuevo miembro de la Inquisicion. Por vida mia, señor, que estas acusaciones son el resultado de algun particular encono, é indignas por lo mismo de la atención de la República. He tratado mucho al duque de Sta. Agueda, y puedo asegurar que entre nosotros no hay un caballero de mejores prendas que él.

— Sin embargo, aspiraba á la mano de la hija de Tiepolo.

— ¿Y es delito en la juventud buscar la belleza? Ha prestado eminente servicio á esa dama, y no es extraño que en su edad se haya aficionado á ella.

— Venecia tiene tambien sus aficiones como el mas joven de todos nuestros patrios.

— Pero Venecia no puede desposarse con la heredera.

— Decis bien: S. Marcos debe contentarse con representar el papel de un padre prudente. Sois todavia joven. Doña Gioletta es de una rara belleza; y sin embargo, cuando mas adelantado en edad, pensareis de distinto modo sobre la fortuna de los reinos y de las familias. Empero gastamos inútilmente el tiempo en estos asuntos; y puesto que nuestros agentes nada han descubierto, lo que ahora mas urge es tratar del Bravo.

— Paréceme que al efecto podríamos reunirnos en la sala de la Inquisicion para interrogar al acusado. Es un proceso importante, señores; y decaeria la opinion de Venecia si el mas poderoso de sus tribunales no tomase en ello el interés que muestra en sus fallos.

— Córtese la cabeza á ese monstruo, exclamó de nuevo el señor Soranzo.

— Ese será probablemente su destino, ó acaso el de morir enroddado. Un examen mas maduro nos ilustrará sobre lo que debe dictar la politica.

— No puede ni debe haber mas que una politica cuando se trata de proteger la vida de los ciudadanos: nunca hubiera deseado abreviar la existencia de nadie; pero en este proceso anhelo ver ejecutada la sentencia.

— Vuestra laudable impaciencia quedará en breve satisfecha; porque previendo lo urgente del asunto, mi compañero, el digno senador que comparte nuestras delicadas funciones, ha dado con mi ausencia las órdenes conducentes al efecto... Ya es hora de trasladarnos á la sala del Consejo.

Entonces la conversacion giró sobre asuntos generales. Este tribunal extraordinario y secreto, que no tenia lugar determinado para sus asambleas, y podia dar sus decretos en la Piazzeta y en el palacio, en medio de las máscaras ó ante el altar, en las brillantes reuniones ó en el domicilio particular de cualquiera de sus miembros, extendia su jurisdiccion á toda clase de negocios. Como el acaso del nacimiento decidiera sobre los individuos que debian componerle, y como Dios no ha criado á todos los hombres á propósito para llenar funciones tan crueles,

sucedía muchas veces, cual en el caso presente, que dos de sus miembros se veían en la necesidad de combatir las disposiciones generosas de un compañero.

El senador Soranzo era de un carácter naturalmente dulce, y sus hábitos domésticos contribuyeran á favorecer sus buenas disposiciones: hiciera como todos los Venecianos un profundo estudio de la política de la llamada República; y el poder de los intereses colectivos, al par que una necesidad imperiosa, hicieronle adoptar muchas teorías que hubiera desechado con horror á presentársele bajo otras formas. Sin embargo, estaba muy distante de comprender los efectos de un sistema que por su cuna debía sostener, cuando Venecia misma rendía parias á la opinion pública, presentando solo á la Europa una falsa exposicion de sus principios políticos.

Con estas disposiciones fué admitido So-

ranzo en el Consejo de los Tres. Muchas veces en los sueños de su juventud mirara las altas funciones de que estaba revestido como el término de toda su ambicion: mil cuadros del bien que podia hacer habian exaltado su tierna imaginacion; y solo avanzando en la vida y cuando tuvo un conocimiento mas extenso y exacto de las arterias del Senado, llegó á persuadirse de lo que hasta entonces juzgara como imposible. Sin embargo, entró en el Consejo, dudoso y desconfiado; y si hubiese vivido en un siglo mas cercano al nuestro y bajo el mismo sistema, aunque modificado por los conocimientos que presta la invencion de la imprenta, es probable que fuera Soranzo un noble de la oposicion, sosteniendo algunas veces con ardor las medidas del bien público.

Sus colegas encontraron mas dificultad de la que creyeran para prepararle á cum-

plir con los deberes de un hombre de Estado, tan diversos de los que hasta entonces desempeñara como hombre privado. Uno y otro se asemejaban á dos elefantes del Oriente, poseidos del instinto y de las calidades generosas de un animal tan noble, pero amaestrados por una fuerza extraña á su naturaleza y reducidos á ser las criaturas de convención, colocados al lado de un novel individuo de su especie recién salido de las llanuras natales, á quien debían enseñar nuevos ejercicios de trompa, nuevas afecciones y el modo de llevar con dignidad el *hoirdah* de un rajah.

Los ancianos miembros del Consejo continuaron la conversacion con repetidas alusiones á su política, pero sin hablar de sus intenciones directas hasta el momento en que debían reunirse en el palacio del Dux. Separáronse con el mismo misterio con que se congregaron, para que ningun ojo vul-

gar pudiese penetrar el secreto de su caracter\*.

El mas anciano acudió á una reunion de patricios embellecida con la presencia de nobles y agraciadas damas; de la que se ausentó sin que nadie pudiese concebir la menor sospecha. El segundo visitó á un amigo moribundo; habló largamente con un religioso sobre la inmortalidad del alma y los deberes de cristiano; y despues abandonó el aposento, habiendo recibido la bendicion del sacerdote y los elogios de los asistentes.

Soranzo volvió á entrar en el seno de su familia, en cuya compañía se mantuvo

Los inquisidores de Estado visitaban de noche el palacio de S. Marcos, donde moraba el Dux. En el que entraban y salian por puertas secretas, cuya llave tenían. En estas expediciones habia tanto riesgo en verlos, como en ser visto de ellos.

hasta la hora designada. Doña Giuletta volvió del paseo mas bella que nunca, pues la brisa del mar dió una nueva frescura á la tez de sus mejillas. Su melodiosa voz, los alegres acentos del primer hijo y los de la doncella de cabellos dorados, resonaban todavía en el oído de Soranzo cuando su gondolero le desembarcó en el puente de Rialto: acomodóse allí la máscara al rostro, y cubriéndose bien con la capa, mezclóse entre la muchedumbre. Caminó hasta la plaza de S. Marcos con poco ó ningun riesgo de que le observasen, porque el disfraz era tan frecuentemente util para la oligarquía de Venecia, como necesario para eludir su despotismo y hacer tolerable á sus habitantes la residencia en la ciudad. Paolo vió que muchos pescadores de las lagunas, de tostado rostro y desnudas piernas, entraban en la catedral, adonde quiso seguirlos: acercóse á un altar mal

alumbrado en el cual todavía se oraba por el alma de Antonio.

— ¿Era el difunto compañero tuyo? preguntó á uno de ellos cuyos negros ojos centelleaban en la oscuridad como los de un basilisco.

— Si, señor, contestó; y nunca hombre mas honrado ni justo arrojó sus redes á las lagunas.

— ¿Ha perecido víctima de su oficio?

— ¡Votó Judas! Nadie sabe como ha muerto. Dicen algunos que S. Marcos deseaba ya llevarsele al paraíso; pero no falta quien asegure que ha caído á los golpes de un asesino llamado Jacobo Frontoni.

— ¿Y qué razones podian asistir á un Bravo para escoger una víctima tan oscura?

— Teniendo la bondad de responderos vos mismo á esa pregunta, me ahorrais el trabajo de contestar á ella... ¿Por qué? Aseguran que Jacobo es vengativo, y que el bochorno y la rabia de verse vencido en la última regatta por otro mas viejo que él, le han arrastrado quizá á cometer tal exceso.

— ¿Tanto aprecia su habilidad como gondolero?

— ¡Par diez! Acuérdomme de cuando Jacobo hubiera preferido la muerte á dejar de ser el primero en una carrera de barcas; pero esto era antes que ciñese el puñal. A seguir manejando el remo, nadie le hubiera negado la preferencia; pero toda vez reconocido por un perdonavidas, no parece razonable que dé tanta importancia á un premio otorgado en los canales.

— Puede muy bien que cayendo en uno de los canales...

— ¿Quién lo duda, señor? Eso sucede todos los dias; pero nosotros pensamos que es mas prudente nadar hasta alcanzar el barco, que dejarse ir á fondo.... El viejo Antonio tenia en su juventud un brazo que podia conducirle desde el muelle al Lido.

— Acaso se hirió al caer, y esto le imposibilitaria de ayudarse.

— Si asi fuese, presentaria señales que lo manifestasen.

— ¡Pues qué! ¿No habrá recurrido al puñal Jacobo.

— Quizá no con Antonio. Se ha encontrado su gondola en la embocadura del gran canal, á media legua de su cadaver

y contra el viento... Señor, nosotros hablamos así de estas cosas, porque las comprendemos.

— Buenas noches, pescador.

— Felicisimas, señor Excmo.; respondió el habitante de las lagunas, en extremo satisfecho por haber cautivado tan largo tiempo la atención de una persona que creía muy superior á él. El miembro del Consejo salió del templo; continuó su camino sin ser conocido, pues había muchos y secretos medios para introducirse en el palacio en términos de que nadie lo notase; y allí se agregó con los colegas que hacían parte del tremendo Tribunal.

## CAPITULO V.

.....

Ya se ha visto de que modo el Consejo de los Tres tenía sus asambleas públicas, si á algo de lo que tiene relacion con este cuerpo misterioso puede dársele el nombre de público. En esta ocasion se veían

y contra el viento... Señor, nosotros hablamos así de estas cosas, porque las comprendemos.

— Buenas noches, pescador.

— Felicisimas, señor Excmo.; respondió el habitante de las lagunas, en extremo satisfecho por haber cautivado tan largo tiempo la atención de una persona que creía muy superior á él. El miembro del Consejo salió del templo; continuó su camino sin ser conocido, pues había muchos y secretos medios para introducirse en el palacio en términos de que nadie lo notase; y allí se agregó con los colegas que hacían parte del tremendo Tribunal.

## CAPITULO V.

.....

Ya se ha visto de que modo el Consejo de los Tres tenía sus asambleas públicas, si á algo de lo que tiene relacion con este cuerpo misterioso puede dársele el nombre de público. En esta ocasion se veían

los mismos trages, disfraces y empleados de que ya se ha hecho mérito: solo los jueces y el acusado eran distintos. La lámpara estaba colocada de modo que hiriese su luz el puesto que debía ocupar el reo, al paso que en el de los miembros del Consejo reinaba una oscuridad que corría en perfecta armonía con sus sombrías y misteriosas funciones. Antes de abrirse la puerta por donde debía entrar el acusado oyóse ruido de hierro, indicio seguro de que se miraba este asunto con el mayor interés: giraron los goznes de la puerta, y el Bravo compareció ante los que iban á decidir de su suerte.

Visitara otras veces Jacobo aquella lúgubre estancia, aunque nunca en tan dolorosa situación: no por esto empero dió muestras de temor ni de sorpresa. Su semblante estaba pálido, pero sereno é inmovil; y reinaba en todos sus ademanes cier-

to aire modesto y magestuoso. Disipado el ligero rumor producido por su llegada, reinó el mas tétrico silencio entre los circunstantes.

— ¿Te llamas Jacobo Frontoni? preguntóle el secretario que en estas ocasiones servía de órgano á los tres jueces.

— Sí.

— ¿Eres hijo de un tal Ricardo, harto conocido por defraudador de los derechos de la República, desterrado segun se dice á una isla lejana, ó castigado de otro modo?

— Sí, señor, castigado de otro modo, repitió con amargura el Bravo.

— ¿Eres gondolero?

— Sí, señor.

— ¿Tu madre...?

— ¡Murió! interrumpió el acusado al observar que el interrogante se detenía á examinar sus apuntes.

El acento dolorido con que pronunciara esta palabra produjo un silencio que el secretario no se atrevió á quebrantar hasta despues de haber mirado á los jueces.

— ¿No estaba acusada del mismo crimen que tu padre? prosiguió despues de una pausa.

— Cierto; y hace tiempo que se halla fuera del poder de la República.

— Poco despues de haber atraido sobre sí Ricardo Frontoni la cólera del senado, ¿no abandonaste tu ejercicio de gondolero?

— Si, señor.

— Te acusan de haber dejado el remo por el puñal.

— Es verdad.

— Durante algunos años se han hecho célebres en Venecia tus sangrientas proezas, y de algunos meses á esta parte no ha perecido una persona de muerte violenta sin que hayan recaído sobre tí las sospechas.

— Sobrado cierto es eso, señor secretario. ¡Cuanto diera porque no lo fuese tanto!

— S. A. y los miembros del Senado no han podido oír con indiferencia tales quejas, y si este ilustre cuerpo te ha dejado libre por tanto tiempo, consiste en que no queria ensuciar el armiño de la justicia con una prematura sentencia.

Jacobo solo dió por respuesta una inclinacion de cabeza, dejándose ver en sus labios una sonrisa tan expresiva, que obligó al secretario á fijar atentamente la vista en el papel como buscando algunas noticias interesantes.

— Al presente resulta contra tí una acusacion terrible, Jacobo, continuó el interrogante; y como se trata de la conservacion de la vida de los ciudadanos, el Consejo secreto ha tomado á su cargo la decision de este asunto. ¿Conocias á Antonio Vecchio pescador de las lagunas?

— Si, señor: últimamente estuve en su compañía.

— ¿Sabes tambien que se encontró ahogado en la bahía?

Jacobo se estremeció; y expresó su

asentimiento con una demostracion de cabeza. El efecto de este tácito convencimiento hizo tan profunda impresion en el mas joven de los tres miembros del Consejo, que le obligó á mirar alternativamente á sus compañeros como admirado de la franqueza de una confesion semejante: sus colegas se inclinaron de un modo significativo, y cesó inmediatamente esta comunicacion silenciosa.

— Su muerte ha causado sumo disgusto á los otros pescadores, y llamado de un modo muy serio la atencion del ilustre Consejo.

— El fin del mas pobre veneciano debe necesariamente excitar el interés de los patricios.

— ¿Sabes que te imputan ese asesinato?

— Lo sé.

— Dicese que tomaste parte en la última regatta, y que á no haberse presentado tambien en ella el viejo pescador, nadie mas que tú hubiera ganado el premio.

— Es muy cierto, señor.

— ¿Con que no niegas la acusacion? dijo el interrogante sorprendido.

— ¿Y por qué he de negarla? ¿Quién duda que sin la concurrencia de Antonio hubiera sido yo el vencedor?

— ¿Y lo deseabas, Jacobo?

— Con toda mi alma, respondió con una emocion que hasta entonces no habia manifestado; hanme condenado al oprobio mis hermanos, y el remo ha sido mi única gloria desde la infancia.

Un segundo movimiento del inquisidor joven denotó su interés y sorpresa.

— Segun eso, ¿te declaras criminal?

— Si los ilustres senadores que están presentes quieren descubrirse el rostro, contestó con risa irónica, podria responder á esa pregunta con mayor confianza.

— Tu pretension es inoportuna y fuera del uso: nadie puede saber quienes sean los patricios que presiden á los destinos del Estado... ¿Confiesas el delito?

En este momento entró precipitadamente en la sala un empleado y entregó un pliego al inquisidor de la túnica roja, retirándose inmediatamente. Despues de un corto instante de silencio, ordenaron á los guardias sacar de la sala al preso.

— ¡Grandes senadores, exclamó Jaco

acercándose á la mesa, gracia! Permitidme ver á un desgraciado que habita junto á los terrados: tengo fuertes razones para desear que se me otorgue esta visita; y ruegos como á hombres y como á padres que me concedais un favor semejante.

Los dos inquisidores ancianos que estaban consultando entre sí el contenido del pliego que acababan de recibir, no hicieron alto en la demanda del Bravo: pero Soranzo, que se habia acercado á la lámpara para examinar á su placer el semblante de un hombre tan culpable, miraba á Jacobo con sorpresa; y penetrado de la emoci3n que en él se observaba, y agradablemente engañado por el rostro que estaba estudiando, tomó á su cargo el concederle lo que pedia.

— Cúmplase su deseo, dijo á los alabar-

deros; pero que esté pronto á comparecer de nuevo.

Jacobo le manifestó su reconocimiento con una mirada muy expresiva; y temiendo que los otros senadores se opusiesen á la concesion que acababa de hacérsele, salió precipitadamente de la sala. La comitiva que desde la estancia inquisitorial se trasladaba pausadamente á las prisiones de verano, ofreciera en caso necesario uno de los cuadros característicos del gobierno de Venecia, caminando por largos y secretos pasadizos impenetrables á las miradas del vulgo, y únicamente separados por débiles tabiques de la morada del Dux, que con su brillo y pompa exteriores cubrian con un velo la desnudéz y la miseria. Al llegar á los terrados, detúvose Jacobo; y volviéndose á los guardias, rogó le quitasen los hierros que le oprimian, aunque fuese solo

por un instante: proposición que oyeron admirados, sin por eso dar muestras de prestarse á tan caritativo servicio.

— Voy á ver probablemente por última vez á un hombre postrado en cama, añadió; á un padre moribundo que ignora mi estado... ¿Consentireis que me vea de esta suerte?

Estas palabras, dichas con expresión enérgica, produjeron su efecto. Uno de los guardias le quitó las pesadas cadenas, y mandó seguir adelante: obedeció Jacobo silencioso, y cuando hubo entrado en el calabozo, se quedaron los demás fuera, porque no encontraban una razón suficiente que les obligase á asistir á la entrevista de un asesino con su padre, y á sufrir el ardiente calor de aquella estancia. Cerraron en seguida la puerta, con lo que reinó en el calabozo impenetrable oscuridad.

A pesar de la firmeza que nunca desamparaba á Jacobo, luego que se halló en la silenciosa morada de su abandonado padre conoció que le faltaban las fuerzas. El ruido que producía su respiración, semejante al estertor de un moribundo, indicóle el sitio donde yacía el anciano.

— ¡Padre mio! dijo Jacobo con dulzura... ¡padre mio! repitió con voz mas fuerte al notar su silencio.

— La Virgen María ha escuchado mis súplicas, exclamó el preso con voz exánime. Dios te ha traído para que cierres mis ojos.

— ¿Os falta el aliento, querido padre?

— Por instantes... Mi hora es llegada... Confiaba en ver aun la luz del día y bendecir á tu madre y hermana... ¡Cúmplase la voluntad de Dios!

— Ambas ruegan por nosotros y están libres del poder del Senado.

— No te entiendo, Jacobo.

— Mi madre y hermana han dejado de existir...

El anciano despidió un profundo gemido sintiendo que no estuviesen ya rotos los vínculos que todavía le unían á la tierra. Jacobo le oyó como rezaba una oración, y se arrodilló junto al lecho.

— Este es un golpe imprevisto, dijo el anciano en voz baja: juntos dejamos el mundo.

— No, padre: hace mucho que murieron.

— ¡Y me lo has ocultado!...

— ¿No teniais hartas penas?... Ahora

cuando vais á reuniros con ellas, os será grato saber que hace largo tiempo que son dichosas.

— ¿Y tú?... ¿Quedarás solo?... Dame la mano... ¡Pobre Jacobo!...

El Bravo asió la mano de su padre, que encontró húmeda y yerta.

— Jacobo, prosiguió el moribundo, he orado tres veces en una hora: la primera por la salvacion de mi alma; la otra por el reposo de tu madre, y la tercera por tí.

— ¡Dios os bendiga, padre mio, Dios os bendiga!

— Necesito orar. He pedido á Dios que no te desamparase; he traído á la memoria tus desvelos, tu amor, tu respeto á mi vejez, y cuanto has procurado dulcificar mis padecimientos. La ternura con que te mi-

raba en tu niñez me arrastró á cometer actos de flaqueza, y mas de una vez temi que en tu mayor edad me harías arrepentir del cariño que te manifestaba. ¡Ah! no puedes tomarte idea de los temores que un padre concibe por un hijo; pero has recompensado todos mis cuidados... ¡Arrodíllate, Jacobo: quiero de nuevo pedir á Dios que se acuerde de tí.

— Ya estoy á vuestro lado.

El anciano levantó entonces sus desfallecidos brazos, y con voz que parecía recobrar su antigua energía pronunció una solemne y ferviente oración.

— La bendición de un padre moribundo mitigará tus penas, hijo mío, añadió después de una pausa, y te concederá la paz en los últimos momentos.

— Sí; producirá sobre todo el efecto....

Un fuerte golpe que se oyó á este tiempo en la puerta interrumpió tan tierna despedida.

— Ven, Jacobo, dijo uno de los soldados: el Consejo te aguarda.

Jacobo se estremeció; pero no respondió nada.

— ¡No te dejarán algunos minutos todavía! exclamó el anciano: no quiero detenerme por mas tiempo.

Abrióse en esto la puerta y penetró un rayo de luz en el calabozo: el guardia tuvo la humanidad de cerrar otra vez la puerta, y su estancia volvió á quedar sumergida en la oscuridad. La mirada que el Bravo obtuvo de su padre á favor de este resplandor fugitivo fué la última: era la mirada de la muerte que expresaba al mismo tiempo la mas inefable ternura.

— Ese hombre es compasivo ; no quiere arrancarte de mis brazos , repuso el anciano.

— No pueden dejaros morir solo , padre mio.

— Hijo , siempre estoy con mi Dios : sin embargo , seria muy dichoso si te tuviera siempre á mi lado. ¿ No me has dicho que tu madre y hermana han muerto ?

— Sí.

— ¿ Tu tierna hermana tambien ?

— Las dos , padre mio. Ambas están en el Cielo.

El anciano respiró entonces con mayor dificultad ; guardó silencio por un momento , y su hijo sintió que movia el brazo como si buscase alguna cosa. Ayudó este último

esfuerzo , y tomando la desfallecida mano del moribundo , púsola con respeto sobre su cabeza.

— ¡ La Virgen Maria sin mancha , y su hijo que es Dios , te bendigan , Jacobo ! dijo una voz que en medio de su exaltacion creyó el Bravo que partia de los aires , y á la que siguió un penoso suspiro. Jacobo ocultó su rostro con la ropa de la cama , y dirigió una oracion al Ser supremo con el mayor recogimiento.

— ¡ Padre mio ! dijo estremeciéndose al oír el eco de su propia voz.

Nadie respondia ; y Jacobo alargó la mano y encontró un yerto cadaver. Entonces , con una firmeza que rayaba en desesperacion , inclinó la cabeza orando fervorosamente por el alma del difunto.

Luego que se abrió la puerta del calabó-

zo, salió al encuentro de los guardias con la dignidad que solo pertenece á las almas sublimes, y á la cual diera mayor realce la solemne escena que precede. Presentó sin vacilar las manos para que le pusieran de nuevo las esposas, y siguió con paso firme á los que le conducian á la sala secreta, donde llegó á pocos instantes.

— Jacobo, dijo el secretario que le interrogaba, acércate y responde á otro nuevo cargo. ¿Conoces á un noble calabrés que solicita un asiento en el Senado, y que reside de algun tiempo á esta parte en Venecia?

— Si, señor, respondió Jacobo con entereza.

— ¿Has tenido relaciones con él?

— Sí, señor.

Esta respuesta produjo en los oyentes un movimiento general de interés y de sorpresa.

— ¿Sabes donde se halla actualmente don Camilo Monforte?

Jacobo vaciló en responder por unos instantes. Estaba tan enterado de los medios é inteligencias que poseia el Consejo para saberlo todo, que dudaba si seria ó no prudente negar la parte que él tuvo en la fuga de los amantes; pero su alma estaba en aquel momento penetrada del afecto de la verdad.

— ¿Sabrás por ventura en qué consiste que el duque falte de su palacio?

— Ilustrisimo, ha salido de Venecia para siempre.

— ¿En qué lo fundas? ¿Acaso habrá

elegido á un espadachin por confidente?

La sonrisa que apareció en los labios del Bravo demostraba toda la altivez de un hombre que se reconoce superior en mucho á aquel que le dirige una pregunta; y el secretario, que sentía todo el poder de sus miradas, hubo de bajar otra vez la vista, y fijarla con mayor atencion en los papeles.

— Vuelvo á preguntarte si has sido su confidente.

— En esta ocasion, sí. El mismo don Camilo me ha asegurado que jamás volveria á Venecia.

— Imposible; porque de este modo perderia sus esperanzas á una inmensa fortuna.

— Él se consolará con el amor de la hija

de Tiepolo, y con la posesion de sus propias riquezas.

Esta respuesta obligó á los tres jueces á hacer un nuevo movimiento de sorpresa, á pesar de la costumbre de mantenerse graves y de la dignidad de sus misteriosas funciones.

— Retírense los guardias, dijo el de la túnica roja; y luego que estuvo ejecutada esta orden, continuó el mismo; Jacobo, acabas de comunicarnos una importantísima noticia, que puede salvarte la vida si quieres hacerla mas extensa.

— ¿Y qué he de decir á V. E.? Es indudable que el Consejo sabe la fuga de don Camilo, y no puedo creer que unos ojos que rara vez se cierran hayan dejado de advertir tambien la desaparicion de la hija de Tiepolo.

— Dices bien, Jacobo. Pero sin duda tienes que revelar algo acerca de los medios de que se han valido. Acuérdate que el Consejo al decidir sobre tu suerte tendrá presente tu sinceridad.

Otra vez se dejó ver en la fisonomía del Bravo la sonrisa que obligaba á los que le preguntaban á bajar la vista.

— A un amante temerario y favorecido nunca le faltan medios de fugarse, respondió. Don Camilo es rico, y no le habrá sido difícil encontrar infinitos complacientes si ha tenido necesidad de ellos.

— Hablas de una manera equivocada; y es harto perjudicial para tí burlarte del Consejo. Dinos, ¿qué agentes ha empleado?

— Excelencia, tenía fieles servidores,

muchos adictos gondoleros, y por último toda suerte de criados.

— No lo ignoramos. Se ha valido de otros medios... ¿Estás seguro de que se han fugado?

— ¿Está en Venecia?

— Esa pregunta te la hacemos á tí nosotros... He aqui una acusación donde se dice que le has asesinado.

— ¿Y tambien á doña Violeta, excelentísimo?

— ¿Qué descargo das á esta acusacion?

— ¿Y qué razon hay para obligarme á que yo descubra mis propios secretos?

— ¿Pretendes engañarnos? Acuérdate que tenemos en los terrados una persona que puede arrancarte la verdad.

Jacobo levantó la cabeza tomando la actitud de un hombre que no tiene por qué temer: eran sin embargo tristes sus miradas, y expresaba su voz el dolor mas profundo.

— ¡Senadores! replicó; el cautivo de quien hablais ya está libre.

— La desesperacion te hace atrevido, y quieres burlarte de nosotros.

— Digo la verdad. Por fin consiguió la apetecida libertad.

— ¿Tu padre?

— ¡Murió!... interrumpió Jacobo con voz solemne y sombría.

Los dos miembros de mas edad del Consejo se miraron con sorpresa, en tanto que el tercero escuchaba con el interés

de un hombre que entraba en un noviciado de secretos y de embarazosos deberes. Consultaron los primeros entre sí por unos instantes: y despues de comunicar á Soranzo lo que creyeron oportuno, rompió el silencio el inquisidor de la roja túnica.

— ¿Quieres pensar en tu propia seguridad, y descubrirnos cuanto sepas de la fuga del napolitano?

Jacobo no mostró miedo á la amenaza que encerraban estas palabras; pero habiendo reflexionado por un momento, habló con la misma franqueza que lo hiciera á los pies del confesor.

— Sabeis, ilustres senadores, que el Estado trataba de disponer de la heredera de Tiepolo consultando sus propias ventajas, y que el noble napolitano amaba á

la doncella. Esta correspondia á su amor segun conviene á una joven de alto nacimiento y de edad tan tierna, lo que nada tiene de extraño. De consiguiente, dos corazones formados el uno para el otro debian buscar cuantos resortes estuviesen á su alcance para reunirse. La noche en que murió el viejo Antonio hallábame solo en medio de las tumbas del Lido, poseido de tristes y amargos presentimientos : era para mí la vida un peso insoportable; y si el mal espíritu que entonces me dominaba hubiese salido con victoria, quitárame indudablemente la vida con mi propia mano... Dios envió en mi socorro á don Camilo Monforte; ¡gracias sean dadas á la Virgen Maria y á su adorable Hijo por la misericordia que usó conmigo!... Allí supe los designios del napolitano, y allí me empeñé á servirle... ¡Senadores de Venecia! le juré una fidelidad á toda prueba; juré

morir por él si fuese necesario, y ayudarle á robar á su amada... He cumplido mis promesas. Los dos felices amantes se hallan ahora en los Estados de la Iglesia, bajo la proteccion del cardenal secretario, tio de don Camilo.

— ¡Insensato! ¿Ha sido tal tu conducta?  
¿No pensabas en tí mismo?

— Excelencia, tengo pocos ó ningunos pensamientos : mi anhelo era el de encontrar un hombre compasivo en quien depositar el peso de mis padecimientos. Sí, señores ; nunca tuve mas dulce momento que al ver al duque de Sta. Agueda estrechar contra su corazón á su bella esposa anegada en lágrimas de júbilo.

Los inquisidores estaban sorprendidos por el entusiasmo con que se expresaba

Jacobo. Al fin, el mas anciano prosiguiendo su interrogatorio dijo :

— Jacobo , ¿quieres referirnos los pormenores de su fuga? Acuérdate que puedes rescatar una vida...

— Mi vida nada vale, señores; pero por complaceros no omitiré ni aun la mas pequeña circunstancia.

En seguida refirió franca y brevemente los medios empleados por don Camilo para evadirse, sus esperanzas, sus malos planes, y por último su victoria : solo omitió el momentaneo asilo que las dos damas encontraron, y el nombre de Gelsomina. Tambien descubrió el intento de Giacomo Gradenigo de asesinar al joven napolitano, y la parte que en él tuvo el judío. Nadie entre los asistentes escuchó esta narracion con tanto interés como

Soranzo : á pesar del cargo público que ejercia , sintió que la sangre precipitaba su circulacion al referir el acusado los peligros que correran los amantes ; mas cuando oyó que los dos corazones se habian unido , no pudo contener su regocijo. Lo contrario experimentaron sus colegas : envejecidos en la politica veneciana, oyeron esta historia con una frialdad bien calculada , porque los efectos de todo sistema tan falso como el suyo son los de subordinar los sentimientos á las circunstancias, y ceder á las apariencias el lugar de la razon y de la verdad. Los ancianos senadores vieron desde luego que don Camilo y su bella esposa estaban para siempre fuera de los tiros de su poder : convencieronse incontinenti de cuan prudente era hacer de la necesidad un mérito : y no teniendo ya que desembuchar del Bravo , mandaron conducirlo de nuevo al calabozo.

— Me parece del caso escribir al cardenal secretario felicitándole por la union de su sobrino con la opulenta heredera de nuestra ciudad, dijo el inquisidor de los Diez luego que estuvieron solos: la influencia del napolitano puede sernos muy util.

— ¿Y si hablase de la oposicion del Senado á su felicidad? observó Soranzo al oír un plan tan atrevido.

— Nos excusaremos haciendo recaer la falta sobre un Consejo anterior al nuestro. Estos errores son las inevitables consecuencias de la libertad caprichosa. Jamás podrá regirse al silvestre alazan que vaga por la floresta como al triste animal que arrastra una carreta. Esta es la primera junta que celebráis con nosotros, señor: el tiempo os hará ver que sin embargo de la excelencia de nuestras teorías,

no carecen á veces de sus defectos en la práctica. El asunto del joven Gradenigo es harto serio.

— Hace tiempo que estoy enterado de su libertinage, respondió el consejero mas anciano. Es una desgracia á la verdad que patricio tan noble tenga un hijo de tan diversas inclinaciones. Ni el Estado ni la sociedad pueden tolerar el asesinato.

— ¡Pluguiera á Dios que fuesen menos frecuentes! exclamó Soranzo con la mayor sinceridad.

— Decís bien. Hay secretos informes que confirman la deposicion de Jacobo: además, una dilatada experiencia nos ha obligado á dar entero crédito á las relaciones de este.

— ¿Es Jacobo algun agente secreto de la policia?

— Ya hablaremos de esto, señor Soran-

zo : tratemos ahora de un caso en que se atentaba á la vida de una persona guarecida bajo el amparo de nuestras leyes.

En seguida entraron los tres miembros en una discusion sobre el asunto de los dos delinquentes.

Venecia, así como todos los gobiernos de su clase, tenia el mérito de una extraordinaria actividad en su política criminal cuando se hallaba dispuesta á hacer justicia. Así fué como el señor Soranzo, no obstante sus relaciones de parentesco con la casa de Gradenigo, pudo dar muestra de sus generosos sentimientos, proponiendo ejemplar castigo para el joven; á fin de patentizar de este modo al mundo que Venecia no dejaba impune el delito, por mas elevados que fuesen el rango y calidad del culpable; empero sus sagaces compañeros mitigaron esta severidad, re-

cordándole que las leyes hacian una gran distincion entre el conato y la perpetracion del crimen. Separado de su primer designio por la calma de sus colegas, propuso en seguida dar conocimiento del asunto á los tribunales inferiores, de lo que no faltaban ejemplos, pues dábase con ello una prueba de que la aristocracia veneciana sabia en caso necesario sacrificar uno de sus miembros á las apariencias de la justicia; y á manejarse tal uso con prudencia, afirmaba mas bien que debilitaba su poder. Era sin embargo sobrado comun el crimen de Giácomo para que la aristocracia quisiera despojarse de sus privilegios; y los viejos inquisidores se opusieron tambien á este dictamen, conviniendo definitivamente en que solo ellos decidirian del asunto. El gefe del Consejo propuso un destierro de algunos meses á Grecia: Gradenigo habia incurrido mas de una vez en

la cólera del Senado : y Soranzo contradujo esta medida, teniendo el castigo por demasiado leve y oponiéndose con el ardor propio de un espíritu generoso y justo. Al fin logró atraer á sus compañeros que afectaron ceder complacidos á la fuerza de sus argumentos, resultando de esta conferencia que el joven Gradenigo fuese desterrado por diez años á las provincias, y Oseás por toda su vida de los Estados de Venecia. Si cree el lector que no se obró con igual imparcialidad respecto á los dos culpables, acuerdese que el judío debia darse por muy contento de librar tan bien en aquella ocasion.

— No debemos ocultar esta sentencia ni lo que la motiva, dijo el inquisidor del Consejo de los Diez terminado que fué el asunto. Nada pierde el Estado en dar á conocer su rectitud y justicia.

— Ni el modo de administrarla, repuso Soranzo. Y pues que hemos concluido, podemos, si os parece, retirarnos.

— Falta tratar de la suerte de Jacobo.

— ¿De ese hombre? dijo Soranzo : ¿qué reparo hay en entregarle á los tribunales ordinarios?

— Como os plazca. ¿Es este vuestro dictamen? preguntó el presidente del Consejo á sus compañeros, que contestaron afirmativamente con la cabeza, y en seguida se dispusieron á partir despojándose de sus incómodos ropages.

Soranzo salió el primero. Antes de dejar el palacio los otros dos consejeros conferenciaron largamente en secreto, expidiendo despues una orden al juez criminal.

Hecho esto, regresó cada uno á su morada intimamente persuadido de haber cumplido con lo que les dictaban el deber y la conciencia.

Por la primera vez de su vida entró Sorranzo en su feliz y magnifico palacio lleno de desconfianzas, y experimentando una melancolía cuyo origen no podia adivinar: habia dado el primer paso en la tortuosa senda de la corrupcion, de los sofismas y de las ficciones de la política que conducen al anonadamiento de toda idea noble y generosa. Hubiera querido disfrutar de la calma y del sosiego que reinaran en su corazon cuando aquella misma noche ayudó á su esposa á entrar en la góndola, y su cabeza estuvo inquieta sobre la almohada mucho antes que el sueño echase un velo sobre el recuerdo que sin cesar le representaba el modo con que imitara el cumplimiento de los mas serios deberes, en una

comedia solemne en la que acababa de desempeñar uno de los mas principales papeles.



## CAPITULO VI.

El día siguiente celebráronse muy de mañana los funerales de Antonio, teniendo gran cuidado los agentes de la policía de extender la voz que el Senado quería honrar la memoria del viejo pescador por la victoria obtenida en la regatta, repa-

rando así en cierto modo la misteriosa muerte de un inocente. A la hora señalada concurrieron á la plaza los pescadores de las lagunas ataviados con sus mejores ropas, envanecidos por la distincion concedida á un compañero suyo, y cada vez mas dispuestos á olvidar los primeros arrebatos de su cólera y á no pensar mas que en el favor de que gozaban.

Concluido el oficio celebrado por el reposo del viejo Antonio, y cuando el carmelita, que apenas habia sentido el hambre y el cansancio mientras se ocupara en llenar los deberes que le prescribia la Iglesia, iba á colocarse á la cabeza de los sacerdotes para acompañar al cadaver á la sepultura, sintió que le tiraban suavemente del manto: siguió sin detencion al que le daba este aviso, y hallóse á poco á solas con un desconocido entre las columnas del sombrío templo.

— Padre, le dijo con tono afirmativo, habeis absuelto á mas de una alma pronta á separarse del cuerpo.

— Es el deber de mi santa profesion.

— El Senado reconocerá vuestros servicios. Despues del entierro de ese pescador, tendrá que recurrirse de nuevo á vuestro ministerio.

El P. Anselmo perdió el color al oír estas palabras; pero haciendo la señal de la cruz, bajó la cabeza para demostrar su consentimiento. En esto levantaron el cuerpo los conductores, y el fúnebre convoy salió á la plaza precedido de los niños de coro de la catedral y de los chantres que entonaban los cánticos acostumbrados. Colocóse el carmelita delante del cadaver, al cual amortajaran con decencia; veíanse descubiertos sus pies y manos, brillaba

sobre su pecho una cruz, flotaban sus canas á merced del viento, y salia de su boca un ramo de flores para que la palidez de la muerte causase menos repugnancia.

Detrás de todos estos simbolos característicos del fin de la humana existencia, iba un joven á quien por sus tostadas mejillas, su desnudez y negros ojos, reconocieron todos por el nieto del pescador difunto. Venecia sabia cuando era conveniente ceder con gracia; y obtuviera el mancebo, sin condicion ni trabas, la licencia del servicio de las galeras, compadecidos los senadores, segun se decia á media voz, del fin desgraciado de su abuelo. No era difícil descubrir en su altivo continente el denuedo y honrada rigidéz de principios del viejo Antonio; pero viéranse oscurecidas entonces estas calidades por un dolor muy natural y profundo. Sin embargo, ni una sola lágrima se desprendió

de sus ojos hasta el punto en que se depositó el cuerpo en la tierra: entonces triunfó la naturaleza. Alejóse de los que le cercaban, y en un sitio apartado dió libre curso al llanto al considerarse como aislado viagero en el desierto del mundo.

Así terminaron los funerales del pescador Antonio Vecchio; cuyo nombre se olvidó dentro poco en la ciudad misteriosa, aunque su memoria permaneció por mucho tiempo viva en las lagunas, donde sus compañeros ensalzaban su talento como pescador, y la victoria que consiguiera en la regatta sobre los mejores remeros de Venecia. El nieto vivió y trabajó como los otros individuos de su clase, á quien dejaremos aqui diciendo que si bien heredó todas las buenas calidades de su abuelo, abstúvose de confundirse entre la turba que la curiosidad, ó mas bien el espíritu de

venganza, atrajo á la Piazzeta pocas horas despues.

Concluida la ceremonia, el P. Anselmo entró en una barca con intento de volver á los canales y al muelle de la Piazzeta para indagar el paradero de unas personas que tanto le interesaban; mas no logró tan presto esta satisfaccion pues observando que el que le habló en la catedral le esperaba, y sabiendo cuan infructuoso era toda tentativa de resistencia cuando se trataba de los asuntos del Estado, dejóse conducir donde plugo á su guia, quien dirigiéndose por calles extraviadas le llevó á la prision pública é introdujole en el cuarto del conserge diciéndole que aguardase allí hasta que vinieran en su busca.

El curso de nuestra historia nos lleva ahora al sombrío calabozo donde se encerrara á Jacobo despues del interrogatorio que sufrió en el Consejo de los Tres. Al

amanecer del siguiente dia llevaronle ante los que debian desempeñar para con él las funciones de jueces. Es de creer que los que debian juzgar á Jacobo recibieran de antemano sus instrucciones por rendir en apariencia cierto homenaje á las leyes. No se omitió ninguna de las formalidades prescriptas por ellas: examináronse testigos ó bien se dió testimonio de haberlo hecho, y se tuvo buen cuidado de extender la voz de que al fin los tribunales se ocupaban en decidir sobre la suerte del hombre extraordinario á quien por tanto tiempo permitiérase ejercer impunemente la profesion sanguinaria aun en el mismo recinto de los canales. Aquella mañana conferenciaban entre si los crédulos ciudadanos acerca de los asesinatos que en cuatro años se le atribuyan. Quien hablaba de un extranjero cuyo cuerpo se encontró cerca de las casas de juego frecuentadas por ca-

si todos los que llegaban á Venecia ; otro recordaba la desgracia ocurrida á un noble joven que pereciera en Rialto á los agudos filos del puñal de un asesino ; y por último , un tercero refería minuciosamente el homicidio que privara de su hijo único á una madre , y á la hija de un patricio del objeto de su cariño . De esta suerte , y contribuyendo todos á la vez á aumentar la lista de los asesinatos , llegó á contar un pequeño grupo reunido en el muelle veinticinco individuos muertos á manos de Jacobo , cuentas aparte de la víctima de su venganza á quien acababan de tributarse los últimos honores . Felizmente para la tranquilidad de su espíritu , ignoraba Jacobo cuanto de él se decía . No quiso defenderse ante los jueces , y rehusó constantemente responder á sus preguntas .

— Señores , les dijo con firmeza ; bien

sabeis lo que he hecho y lo que he dejado de hacer . Por lo que respecta á vosotros , mirad por vuestros intereses .

Luego que volvió á su calabozo , pidió alimento , del que comió con tranquilidad y con moderacion . Quitaron de allí todo instrumento con que pudiese atentar á su vida ; examináronse las prisiones , y abandonósele á sus pensamientos . Tal era su situacion , cuando oyó ruido de pasos inmediatos á su calabozo , y á poco sintió correr con estrépito los cerrojos , dejándose ver , á favor de la claridad que penetró en aquel instante , un sacerdote con una lámpara en la mano , que colocó encima de la mesilla donde estaba el pan y el agua .

Jacobo recibió esta visita sin inmutarse y con el respeto que conocia ser debido al que acababa de entrar en el calabozo . Levantóse inmediatamente santiguándose y

se adelantó hacia él hasta donde se lo permitió la longitud de la cadena.

— Bien venido, padre, le dijo. Ya veo que al desterrarme de la tierra, no quieren los senadores alejarme de Dios.

— No alcanza su poder á tanto, hijo mio. El que murió por salvarlos á ellos, tambien ha derramado su sangre por tí si no te muestras rebelde á su gracia. Pero (y sabe el Cielo con cuanto pesar lo digo) no debes creer que un hombre que como tú ha cometido tantos crímenes, pueda concebir la mas leve esperanza de alcanzar la eterna bienaventuranza si no se penetra de un profundo y sincero arrepentimiento.

— ¿Podrá sin él obtenerla algun otro, reverendo padre?

Conmovióse el religioso al oír estas pa-

labras, porque la pregunta y el tranquilo tono del que le hablaba eran harto extraños en aquella ocasion.

— Eres otro de lo que yo pensaba, Jacobo: tu espíritu no se halla enteramente ofuscado con las tinieblas, y veo que has cometido tus crímenes á despecho de la conciencia que te reprendió su enormidad.

— Acaso no sea esto cierto, padre mio.

— Debes sentir el peso por la fuerza de tu arrepentimiento: habla...

El P. Anselmo calló, porque un sollozo que penetrara en este momento en su oído advirtióle que no estaban solos. Registró sobresaltado la pavorosa estancia, y descubrió á Gelsomina que favorecida por el carcelero habia logrado introducirse en el calabozo detrás del carmelita. Jacobo lan-

zó un gemido al verla, y volviendo la cabeza á otra parte se apoyó contra la pared.

— ¿Quién eres, hija mia?... ¿y por qué te encuentras aquí? preguntóla el religioso.

— Es la hija del conserje, dijo Jacobo viéndola fuera de estado de responder. La conocí... en otro tiempo.

Los ojos del P. Anselmo se fijaron alternativamente en ambos. Al principio eran severas sus miradas; pero poco á poco, y á medida que examinaba la fisonomía de aquellos dos seres, fueron expresando la indulgencia, y á vista de su aflicción profundá oscureciéronse casi por las lágrimas.

— He abí el efecto de las pasiones humanas, dijo con un tono entre severo y con-

solador. Estos han sido siempre los frutos del crimen....

— Padre mio, exclamó Jacobo con viveza, acaso tendré bien merecida esta reconvenccion; pero solo los espíritus celestiales exceden en pureza á esa tierna doncella que veis deshecha en lágrimas.

— Mucho gozo recibo en oírte. Te creo hombre desgraciado, te creo... Muy dulce es para mi pensar que esté tu alma exenta del pecado de haber corrompido la inocencia de esta joven.

El preso lanzó un comprimido suspiro al notar el estremecimiento de Gelsomina.

— ¿Por qué has cedido á la debilidad de la naturaleza, hija mia? ¿Por qué has entrado aquí, tierna joven? continuó el carmelita dirigiéndose á Gelsomina y procu-

rando revestirse de una severidad que su conmovida voz desmentía. ¿Sabías acaso la profesion del hombre á quien amabas?

— ¡Santa María inmaculada! exclamó Gelsomina. ¡No! ¡no! ¡no!

— Y ahora que la verdad se hizo patente, ¿eres por desgracia victima de una passion insensata?

Gelsomina bajó la cabeza, mas por efecto del sentimiento de dolor que de vergüenza, y guardó silencio.

— No alcanzo, hijos míos, qué utilidad pueda traer semejante entrevista. Me guiaron aquí para oír en confesion á un Bravo; y una doncella que por tantos motivos debe condenar la falsedad que ha usado con ella, no puede tener el menor interés en escuchar las circunstancias de semejante vida.

— ¡No! ¡no! ¡no! repitió otra vez Gelsomina en voz baja, ayudando con un gesto expresivo la fuerza de sus palabras.

— Padre, dijo Jacobo con sombrío y desfallecido acento, dejadla que me mire como el mayor monstruo de la tierra: así no la será penoso maldecir mi memoria.

Gelsomina guardó silencio, y solo hizo el mismo gesto y ademanes frenéticos que antes.

— Parece que el corazon de esa pobre doncella está cruelmente traspasado, reputo con interés el religioso, y debemos tratar con miramiento una flor tan tierna... Escúchame, hija mía, y escucha la razon mas bien que la flaqueza.

— Nada la digais, padre. Decidla que se vaya; que me maldiga....

— ¡Carlos!... prorumpió Gelsomina.

Un lúgubre silencio siguió á estas palabras. El religioso conoció que la pasión obraba con mas fuerza en aquellas dos almas que cuanto pudiera decirles. Jacobo tenia que sostener contra sí mismo una lucha mas violenta que cuantas se le presentaran hasta entonces; y venciendo al fin un último deseo mundano, habló el primero.

— Padre, dijo con dignidad andando hasta donde alcanzaba la cadena, vivía en la confianza de que esta tan desventurada como inocente criatura sabría sobreponerse á su flaqueza á consecuencia del horror que debía experimentar al saber que su amante era un Bravo.... ¡un asesino!... Así lo pedia al Cielo en mis oraciones... pero no hacía la debida justicia al corazón de la muger... Di, Gelsomina, y por la salvación de tu alma conjúrote que no me

engañes: ¿puedes mirarme sin llenarte de horror?

Un fuerte estremecimiento se apoderó de la doncella á esta pregunta; pero fijando en el Bravo, amante suyo, sus hermosos ojos, asomó á sus labios una inefable sonrisa. Esta mirada produjo en Jacobo un extraordinario efecto: agitáronse violentamente sus miembros, y el religioso oyó el choque de las prisiones.

— Basta, prosiguió el Bravo esforzándose á recobrar su tranquilidad ordinaria... oirás mi justificación, Gelsomina. Has sido por mucho tiempo la depositaria de un secreto; y ya no debo ocultarte ningún otro.

— ¡Pero, y Antonio!... repuso Gelsomina. ¡Ay, Carlos, Carlos!... ¿En qué te ofendió ese pescador desdichado para que pereciese á tus manos?

— ¡Antonio! repitió el religioso con asombro... ¿Acúsante por ventura de su muerte?

— Por ese crimen debo morir, respondió Jacobo con frialdad.

El carmelita se dejó caer en el escaño que servía de asiento al preso, y permaneció inmóvil fijando alternativamente la vista en la inalterable fisonomía de Jacobo y en la de su trémula compañera. La verdad, aunque encubierta todavía con el misterioso velo de la política veneciana, empezaba á aparecer á sus ojos.

— Hase padecido un horrible engaño, dijo con voz alterada: voy á presentarme á tus jueces para desengañarles.....

— Nada conseguireis, contestó Jacobo sonriéndose y extendiendo la mano con

dignidad para detener al buen religioso cuya inocencia era igual á su celo: el Consejo de los Tres quiere castigarme por la muerte de Antonio.

— ¡Lo serás injustamente!.... Puedo deponer con juramento que ha perecido á otras manos que las tuyas.....

— Repetid esas palabras, padre mio. Decid otra vez que Carlos no es reo de semejante atentado, interrumpió vivamente Gelsomina.

— Vese por lo menos libre del peso de este homicidio.

— Si, Gelsomina y de todos cuantos se me imputan, exclamó Jacobo presentándola los brazos y cediendo á la efusión de su alma.

Un grito de júbilo fué la única respues-

ta de Gelsomina al oír estas palabras, cayendo al mismo tiempo sin sentido en los brazos de su amante.

Cubramos con un velo esta tan tierna como interesante escena, y dejemos que pase una hora antes de levantarle. Presentaba entonces á la vista el calabozo un pequeño grupo reunido en el centro de aquella lúgubre estancia, y en el que el débil resplándor de la lámpara producía un claro-oscuro bastante á hacer resaltar la fisonomía italiana de cada uno de los personajes que componían el cuadro. Seguía el carmelita sentado en el escaño, en medio de Jacobo y Gelsomina arrodillados: hablaba el preso con viveza y energía; y por la atención que los oyentes prestaban á sus palabras, echábase de ver cuanto era el interés que les inspiraba su inocencia. Este interés era mucho mas poderoso que el

que pudiera producir en ellos la curiosidad.

— Ya os he dicho, padre mio, continuó el supuesto Bravo, que una falsa delación sobre defraude de los derechos de la República atrajo sobre el desgraciado autor de mis dias la cólera del Senado, y que no obstante su inocencia, pasó su vida sepultado por muchos años en uno de estos aborrecibles calabozos, mientras que nosotros le creíamos desterrado á las islas. Al fin conseguimos presentar al Consejo documentos que debían convencer á los patriotas de su injusticia; pero he visto que esos hombres, al paso que pretenden se les tenga por los elegidos en la tierra y creados para ejercer la autoridad suprema, no quieren reconocer sus errores, porque esto serviría de irrefragable prueba contra la supuesta sabiduría de su sistema. El Coj-

sejo retardó cuanto pudo hacernos justicia: mi triste madre sucumbió por este tiempo, en fuerza de sus pesares; mi hermana, que entonces tenía los años que hoy cuenta Gelsomina, siguióla en breve al sepulcro, porque la única razón que dió el Senado al verse convencido por los documentos presentados, fué las sospechas concebidas contra un joven que la amaba, de ser este el culpable de un crimen que ha costado la vida á mi inocente y desgraciado padre.

— ¿Y el Senado rehusó reparar su injusticia? preguntó el carmelita.

— No podía hacerlo sin declarar públicamente que estaba, como todos, sujeto á equivocarse en sus juicios. Interesábase además en ello el honor de algunos grandes de Venecia, y reina según creo en sus Consejos una moral que distingue las ac-

ciones del hombre de las del senador, y que antepone la política á la justicia.

— Puede muy bien ser, hijo mio; porque cuando un gobierno como el de Venecia está cimentado en principios erroneos, debe necesariamente sostenerse por medio de sofismas. Dios juzga de otra suerte.

— A no ser así, ¿qué esperanza nos quedaba en este mundo? Despues de muchos años de ruegos y de solicitudes, prosiguió el Bravo, y de obligarme al secreto por un solemne juramento, conseguí al fin el permiso para entrar en el calabozo de mi padre. Por lo menos era un consuelo para mí poderle aliviar en sus necesidades, oír sus palabras, y postrarme á sus pies para recibir su bendición. Rayaba Gelsomina á los quince años, y encargósele acompañarme. Aunque no columbrara en aquel entonces los motivos que para ello

podieran tener los senadores, púsolos después la reflexión harto patentes á mi vista, pues cuando me creyeron suficientemente enredado en sus redes, arrastráronme á este fatal error que ha destruido todas mis esperanzas conduciéndome al estado en que me veo.

— ¿No has afirmado poco ha que eras inocente?...

— Y vuelvo á repetirlo: no soy culpable de haber derramado sangre; pero sí de haber cedido á sus infernales artificios. No quiero cansar vuestra atención refiriendo los ardides y medios que emplearon para reducirme á entrar en sus designios: al fin juré servir al Estado como agente secreto por un tiempo determinado, y en recompensa debía obtener la libertad de mi padre. Si me hubiesen bus-

cado cuando tenía otro conocimiento del mundo y razón más sosegada, á buen seguro que no me sedujeran sus sugerencias; pero los continuos padecimientos de quien me diera el ser, único bien que entonces me quedaba en el universo, eran sobrado fuertes contra mi flaqueza. Hablósem misteriosamente de ruedas y de torturas; enseñáronme algunos cuadros que representaban los martirios que hacían padecer á los presos, para darme una idea de los que pudiera sufrir mi padre.... Los asesinatos eran frecuentes en Venecia y exigían la vigilancia de la policía... En una palabra, padre mio, prosiguió Jacobo cubriéndose el rostro con el manto del religioso, consentí en que se esparciesen ciertos rumores bastantes á atraer sobre mí las miradas del público.... Excuso decir que cualquiera que se preste á su propia infamia, llevará siempre consigo la mancha.

— Pues ¿á qué conducía falsedad tan miserable?

— Padre, diríganse á mi como á un Bravo, á un asesino : y mis relatos bajo mas de un punto de vista eran de la mayor utilidad para los designios del Senado. He salvado la vida de muchos ciudadanos, y esto me sirve de gran consuelo en mi error, si este no es acaso un delito.

— Comprendo, Jacobo. He oido decir que Venecia suele valerse de ciertos hombres valerosos y arrojados..... ¡O bienaventurado san Marcos! ¿Es posible que tu nombre haya de servir de sancion á tales imposturas?

— Sí, buen religioso, y aun á otras mucho mayores. Tenia que desempeñar además otros cargos íntimamente ligados con los intereses de la República, y acostumbré-

me naturalmente á su cumplimiento. Admirábanse los ciudadanos de ver libre á un hombre como yo; y las personas vengativas consideraban esta circunstancia como una prueba de mi destreza. Cuando la indignacion pública gritaba sobrado contra mí, cuidaban los Tres de dar distinto giro á las ideas para salvar las apariencias; pero si se calmaba mas de lo que convenia á sus proyectos, no dejaban de reanimarlas. En fin, por espacio de tres largos y penosos años he arrastrado la vida de un réprobo, sin haberme sostenido otra esperanza que la de salvar á mi padre, unida al cariño de esta inocente criatura.

— ¡Pobre Jacobo! ¡Cuán digno eres de lástima! Nunca te olvidaré en mis oraciones.

— ¿Y tú, Gelsomina?...

La hija del conserge guardó silencio : escuchara con sobrada atencion cada palabra pronunciada por su amante ; y entonces , cuando la verdad empezaba á manifestarse con todo su brillo , los ojos de la doncella despedían un fuego que juzgaron sobrenatural los que la miraban.

— Gelsomina, continuó Jacobo, si no he logrado convencerte de que en efecto no soy un malvado , cual todos me suponían, quisiera haber estado mudo.

La tierna doncella le presentó la mano, é inclinando la cabeza sobre el pecho prorumpió en copioso llanto.

— Veo las tentaciones á que te has visto expuesto, mi pobre Carlos, le dijo con dulzura ; sé muy bien cuanto era el amor que profesabas á tu padre.

— ¿ Me perdonas haber engañado tu ingenuidad é inocencia ?

— Nunca me has engañado , Carlos. Siempre te miré como un hijo respetuoso, pronto á sacrificarse por su padre , y te encuentro cual te creía.

El venerable carmelita presenciaba esta escena, corriendo por sus austeras megillas abundantes lágrimas.

— El afecto que os profesais, hijos míos, les dijo, es tan puro como el de los ángeles. ¿ Hace mucho que os conocéis ?

— Tres años.

— Y tú, hija mia, ¿ acompañabas siempre á Jacobo al calabozo de su padre ?

— Yo era la que continuamente le guiaba en sus piadosas visitas.

El religioso estuvo reflexionando profundamente por unos instantes; y despues de oir la confesion que Jacobo hizo en voz baja, absolvióle con un fervor que descubria cuan viva era la compasion que le inspiraban aquellos virtuosos amantes. Concluido el acto tomó á Gelsomina por la mano, manifestando en su rostro una dulce confianza al despedirse de Jacobo.

— Te dejamos, le dijo; pero renazca la confianza en tu pecho. No puedo creer que el Estado de Venecia se muestre sordo á una historia como la tuya. Pon tu confianza en Dios, y cree que haremos el último esfuerzo para salvarte.

Jacobo escuchó esta promesa como hombre acostumbrado á vivir entre los mayo-

res riesgos. La sonrisa con que acompañó su despedida anunciaba la incredulidad y la melancolia, aunque gozaba por otra parte del puro placer de un corazon reconciliado consigo mismo.



## CAPITULO VII.

.....

Luego que el carmelita y Gelsomina salieron del calabozo, al llegar al extremo del pasadizo que conducia á la habitacion del alcaide, detúvose el P. Anselmo, y mirando á la doncella, hablóla con solemne

tono de un hombre que se siente inspirado.

— ¿Serás capaz de hacer un esfuerzo para impedir la muerte de un inocente?

— ¡Padre mio!...

— Dime si el amor que tienes á ese joven te dará el valor necesario para sostener una prueba harto difícil, pero que sin ella es infalible su pérdida.

— ¡Ah! moriré gustosa para evitar que Jacobo sufra un solo minuto.

— No te engañes, hija mia. Vuelvo á decirte si te sientes capaz de hacerte superior á tus hábitos y á la desconfianza que naturalmente deben inspirarte tu condicion y estado... en una palabra, si puedes comparecer y hablar sin temor delante de los

que se hallan rodeados de todo el aparato del poder terrible.

— Venerable padre, no pasa dia sin que hable confiadamente, aunque con respeto, á un Ser mucho más temible que cuantos pueda haber en Venecia y en toda la redondez de la tierra.

El P. Anselmo guardó silencio, y miró con sorpresa á la amable doncella, en cuyo semblante brillara el valor que infunden el cariño y la inocencia, y mandóla por señas que le siguiera.

— Nos presentaremos pues, dijo, si la necesidad lo exige, ante los hombres mas tremendos y orgullosos del universo: llenaremos nuestro deber para con los opresores y el oprimido, á fin de evitar que el pecado de omision pese sobre nuestras almas.

Dicho esto guió el religioso á la joven á la parte del palacio donde habitaba el gefe del Estado.

Los recelos que inspirara la persona de su Dux á los patricios, son un hecho histórico\*. Diríase que los nobles solo toleraban su existencia porque la teoria de su gobierno exigía un agente ficticio en las imponentes ceremonias que constituian parte de su especioso sistema en las relaciones que tenian con los demás Estados. Así es que vivía en su palacio como la abeja reina de la

\* Tenia toda la exterioridad de la soberanía, pero no su fondo; vivía en sujecion perpetua, extensiva aun á su familia; no le era dado ausentarse sin licencia, ni desempeñar funcion ninguna de esplendor sino como comisario de la República. Observábase todas sus acciones y hasta sus palabras, exponiéndose á las mas severas reconvenções si faltaba en algo. Viérase lleno de espías su palacio; y aunque esta sujecion le causase, estábale prohibido hacer renuncia. Apetecian con todo esta dignidad hombres colmados de todos los bienes de la fortuna.

colmena, honrado y respetado en la apariencia, mas en realidad debil instrumento de los únicos que gozaban del poder, consumiendo, como el insecto que acaba de nombrarse, parte de la porcion individual de los frutos de la comun industria.

A favor de su confiado y resuelto caracter, logró el P. Anselmo penetrar hasta los aposentos destinados al principe. Cuando los diversos centinelas apostados en las largas galerias del palacio vieron su desembarazo y exterior tranquilo, dejáronle pasar sin estorbo, y así fué como pudo llegar con la hija del conserge á la antecámara del soberano, donde infinitos intentarían en vano penetrar por medios mucho mas complicados.

Uno de los criados subalternos al servicio particular del principe levantóse sorprendido y confuso al inesperado arribo del religioso y de la doncella.

— Temo haber hecho esperar á S. A., dijo el P. Anselmo con sencillez aparente para ocultar mejor el vivo interés que le estimulaba á dar aquel paso.

— Mejor que yo debeis saberlo, Rdo. padre. Más...

— No gastemos inútilmente el tiempo, hijo mio. Llévanos al gabinete de S. A.

— A nadie se permite la entrada sin haberse anunciado antes en presencia de.....

— Entra á decir al Dux que el carmelita que aguarda, y la doncella por quien tan paternalmente se interesa, esperan sus órdenes.

— ¿Ha mandado S. A?...

— Le dirás tambien que el tiempo urge,

porque se acerca el momento en que va á perecer la inocencia.

Engañado el doméstico por el aire grave y sencillo del P. Anselmo, no obstante haberse mantenido indeciso por un corto instante, introdujolos en una estancia inmediata, y sin detenerse pasó al gabinete de su señor para cumplir el encargo que acababan de confiarle.

Ya se ha dicho que el Dux reinante, si tal epíteto merece un príncipe que solo servia de instrumento á la aristocracia de aquella República, era de avanzada edad. Retirado en un aposento solitario despues de concluidas las penosas funciones de su empleo, despojárase de los emblemas de imaginaria magestad para entrar mas á su placer en comunicacion intelectual con uno de los mas célebres autores clásicos de la Italia: circunstancia en extremo favorable

para los intentos del carmelita, puesto que el hombre á quien iba á presentarse estaba desnudo de las ordinarias insignias de la dignidad, y su corazon enternecido con la lectura de una obra de aquellos autores que saben conmovier el ánimo con los sentimientos que inspiran. En esto entró el criado en la estancia, y permaneció en pie mas de un minuto esperando con respeto que su señor se dignase hablarle.

— ¿Qué quieres, Marco? dijo al fin el Dux quitando la vista del libro.

— Señor, respondió el doméstico con la familiaridad permitida á los que andan inmediatos á las personas de los príncipes; el Rdo. carmelita y la doncella quedan aguardando vuestras órdenes.

— ¡El carmelita! repitió el Dux admirado; la doncella!...

— Si, señor: los que espera V. A.

— ¿Qué quiere decir este atrevimiento?

— Señor, no hago mas que repetir las palabras del religioso... Di á S. A., así se explicó el padre, que el carmelita á quien ver desea, y la doncella por quien su corazon toma un interés verdaderamente paterno, aguardan sus órdenes.

La indignacion, mas bien que la vergüenza, hizo asomar los colores á las surcadas megillas del viejo príncipe, y contestó airado:

— ¿Es ese modo de hablarme?... y aun en mi palacio?...

— Perdonadme, señor. No es el religioso uno de esos audaces sacerdotes que deshonoran su tonsura, no, señor: tanto él como la doncella tienen un semblante candoroso é

inocente que encanta. Sin duda no se acuerda de ellos V. A.

Estas palabras hicieron desaparecer el encarnado de las mejillas del príncipe, y sus ojos recobraron su habitual expresion bondadosa ; pero la edad y la experiencia que adquiriera en el desempeño de comisiones delicadas, enseñáranle á proceder con circunspeccion y cautela. Sabia que aun conservaba en buen estado la memoria, é imaginó por lo mismo que podia tan extraordinaria visita encerrar algun oculto misterio, pudiendo tener acaso por objeto el descubrimiento de alguna maquinacion de sus muchos enemigos, ó algun otro legitimo motivo para autorizar tan atrevido paso.

— ¿No dijo mas el carmelita, Marco? preguntó el Dux despues de unos instantes de reflexion.

— Sí, señor : añadió que el caso era urgente, por acercarse el momento en que iba á perecer la inocencia.

— Bien... Di á cualquiera de tus compañeros que venga, y cuando haga señal con la campanilla, haz entrar al religioso y á la doncella.

Marco obedeció sin demora ; y otro doméstico fué por mandado del Dux á suplicar en su nombre á un individuo del Consejo pasase inmediatamente á verle. El senador, que estaba en un aposento cercano examinando unos papeles importantes, obedeció sin tardanza á su invitacion.

— Aguardo una visita harto extraña, dijo el Dux levantándose de su asiento para recibir al consejero, y deseo que un testigo la presencie.

— V. A. obra ciertamente con mucha

cordura compartiendo sus tareas con el Senado, contestó el miembro del Consejo; pero ¿á qué llevar esta necesidad hasta el extremo de mirar como de la mayor importancia el llamar á un consejero cada vez que alguien venga á visitaros?

— Ahora juzgareis vos mismo, repuso el principe tirando del cordon de la campanilla; y espero no llevareis á mal mi oportunidad... He ahí las personas que aguardo, prosiguió viendo comparecer al P. Anselmo en compañía de Gelsomina.

A la primera mirada convenciósse el Dux de que aquellas personas le eran desconocidas, y dirigiendo rápida ojeada al consejero, leyó en sus ojos su mutua sorpresa. Al entrar el carmelita en la estancia del Dux, descubrió su venerable cabeza y saludó con respeto; pero Gelsomina, intimidada con la dignidad de la persona ante

quien se hallaba, quedóse á cierta distancia del religioso.

— ¿ Con qué objeto entrasteis? preguntó el Dux señalando con el dedo á la trémula doncella y mirando con atencion al carmelita. Ni esta es hora de visitarme, ni menos se han empleado para ello las formalidades debidas. ¿Por qué traeis con vos tan extraña compañía?

Era esta la vez primera que el P. Anselmo se encontraba delante del soberano de Venecia; acostumbrado como todos sus súbditos, y particularmente en aquel siglo, á calcular con prudencia el resultado de una empresa antes de descubrir su pensamiento, dió una mirada penetrante al que le interrogaba.

— Ilustre principe, contestó, venimos á implorar vuestra justicia; y á los que,

como nosotros, tienen que hacer una peticion de esta clase, esles fuerza dar en osados para no deshonrar su caracter ni la causa que tratan de defender.

— S. Marcos cifra toda su gloria en la justicia, que constituye la felicidad de sus subditos. El paso que habeis dado no se conforma en manera alguna con las reglas de la prudencia; pero acaso será digno de excusa... Explicaos.

— Existe en la carcel pública un hombre condenado á muerte por los tribunales, señor. La sentencia ha de ejecutarse mañana temprano, si no interviene para salvarle vuestra autoridad suprema.

— Un hombre condenado por los tribunales debe sufrir su destino, respondió el Dux.

— He confesado á ese infeliz, y al cum-

plir con mi sagrado ministerio he descubierto su inocencia.

— ¿Decis que ha sido sentenciado por los jueces ordinarios?

— Por el Tribunal criminal, Alteza.

Esta respuesta alivió en cierto modo el corazon del príncipe, pues ventilado públicamente el asunto, habia á su parecer motivos que le persuadian poder entregarse libremente al amor que profesaba á sus semejantes sin ofensa de la tortuosa politica del Estado. En consecuencia miró al inquisidor para buscar en sus ojos una señal de aprobacion, y acercándose en seguida al carmelita, le dijo con un tono de interés que iba por instantes en aumento.

— ¿Y con qué autoridad atacais el fallo de los jueces?

— Ya he dicho á V. A. que al desempeñar mis sagradas funciones me ha abierto su corazón como quien está al borde del sepulcro; y aunque, cual todos, haya cometido faltas, es inocente por lo que mira al Estado.

— ¿Creeis, buen padre, que obtuviese la ey una sola víctima á juzgar únicamente por culpables á los que se denunciassen á sí mismos?... Soy anciano, y he llevado harto tiempo ese gorro importuno, añadió el Dux señalando con la mano la diadema que estaba encima de una mesa; y no recuerdo que un solo criminal en mis dias haya dejado de considerarse como víctima de fatales circunstancias.

— Señor, ninguno de los ministros del santuario desconoce que los hombres tratan de acallar su conciencia con este debil consuelo, y que el mayor y mas principal

de nuestros deberes es el de disipar la ilusion de aquellos que, condenando sus propias flaquezas, confesándolas y humillándose, hacen un mérito de su humildad... Pero, Dux de Venecia, prosiguió con tono animado y solemne, hay en el acto religioso que acabó de desempeñar, y para el que he sido llamado, una virtud irresistible. Muchos buscan los medios de engañarse á sí mismos en el confesonario; pero, gracias al poder de Dios, pocos lo logran.

— ¡ Bendita sea la inmaculada Madre y su Hijo encarnado, amen? exclamó el Dux herido de la dulce fe del carmelita y santiguándose devotamente..... Pero, padre, continuó, no me habeis dicho el nombre del reo.

— Jacobo Frontoni..... un supuesto Bravo.

El estremecimiento, la mudanza de color y las miradas del príncipe al oír este nombre, indicaron bien á las claras su sorpresa.

— ¿Y llamais al puñal mas sanguinario que jamás haya afrentado á esta ciudad, el arma de un supuesto Bravo? ¿Tanto han podido con vos los artificios de ese monstruo, que han llegado á hacerse superiores á vuestra experiencia? ¿Qué otra cosa puede presentar la confesion de criminal semejante sino una dilatada serie de sangre, de horrores y de espantosos crímenes?

— Así pensaba yo cuando entré en su calabozo; mas he salido de él bien penetrado de cuan injusta ha sido con él la opinion pública. Si V. A. gusta escuchar su historia, acaso le juzgue mas digno de lástima que de castigo.

— De todos los delincuentes de mi reinado este es el último en cuyo favor hubiera querido se me hablase. Sin embargo, explicaos libremente, porque mi curiosidad es igual á mi sorpresa.

Entregábase tan absolutamente el Dux al sentimiento de que se hallaba poseido, que llegó á olvidar por un momento la presencia del inquisidor, cuyas expresivas miradas parecian buscar las suyas con anhelo.

El religioso empezó dando gracias, porque en aquella ciudad de misterios no siempre era facil lograr que llegase la verdad á los oídos de los grandes. Los hombres mas sencillos é ignorantes que viven bajo un sistema de duplicidad, adoptan sin querer algo de este sistema conducente á sus propios deseos. El P. Anselmo evitó cuidadosamente hablar de las odiosas

prácticas del Estado, y solo aludió con cierta reserva á la política del Senado; política que un hombre de su ministerio hubiera intrépidamente combatido en otras circunstancias.

— En la elevada clase que ocupais, soberano príncipe, continuó, es fácil que ignoreis como un humilde y laborioso artesano de esta ciudad, llamado Ricardo Frontoni, fué juzgado hace mucho tiempo por defraudador, segun se creyó, de las rentas de la República. Jamás dejó S. Marcos impune este delito, porque cuando los hombres anteponen á toda otra consideracion los bienes mundanos, siempre se equivocan acerca de las causas que han contribuido á formar entre ellos los lazos sociales.

— ¿Hablais de un cierto Ricardo Frontoni?

— Ese era su nombre. El desventurado entregó su amistad y confianza á un joven, el cual fingiéndose amante de su hija, instruyóse de todos sus secretos; y cuando al alevoso vió que los fraudes cometidos por él contra las rentas iban á descubrirse; urdió un horrible tejido de imposturas, logrando así quedar á salvo y que recayese la cólera del Senado sobre un amigo excesivamente crédulo y confiado. De consiguiente, se condenó á Ricardo á perpetuo encierro si no se declaraba reo de delitos que jamás habia cometido.

— ¡Suerte por cierto lastimosa á poder justificarse su inocencia!

— Esa, y las intrigas en la administracion de los comunes intereses, han causado las desgracias de Ricardo, ilustre Dux...

— ¿Teneis mas que decir de Frontoni?

— Su historia no es larga, señor ; porque á la edad en que los hombres se ocupan con mayor actividad en sus faenas, yacia el mísero sepultado en una prision horrible.

— Con efecto, me acuerdo de haber oido hablar de una acusacion semejante. Pero esto sucedió en el reinado de mis predecesores.

— Su encarcelamiento ha durado casi hasta el fin del vuestro.

— ¿Y por qué cuando el Senado se convenció de su yerro no se apresuró á repararle?

El carmelita miró fijamente al principe para indagar si era ó no artificiosa la pregunta ; pero solo consiguió convencerse de que aquel asunto era uno de los actos que,

si bien injustos y destructores de la felicidad de las familias, era de poca ó ninguna monta para los que , como los Venecianos de aquella época , regian el Imperio atendiendo solo á su conservacion y no á la de sus súbditos.

— Ilustre Dux , contestó, el Estado es sobrado discreto en todo lo que toca á su fama. Causas que no trató de examinar ahora , han tenido largo tiempo encerrado en los calabozos al infeliz Ricardo, aun despues que la muerte y deposiciones de su acusador pusieron en claró su inocencia.

El Dux quedó pensativo por unos instantes , y despues consultó la fisonomía de su colega ; pero el marmol de la pilastra contra que se apoyaba no estaba tan frio ni impassible como el semblante del inquisidor , quien bajo el peso de las aparentes

obligaciones que le imponia su puesto, lograra sofocar enteramente todos los movimientos de la naturaleza.

— ¿Y qué tiene que ver el asunto de Ricardo con la ejecucion del Bravo? preguntó el Dux esforzándose, aunque en vano; á imitar el aire indolente de su mudo consejero.

— La hija del conserge lo dirá, príncipe..... Acércate, hija mia; di todo lo que sabes, teniendo presente que si bien es verdad que hablas al Dux de Venecia, tambien lo es que te oye el rey de los cielos y de la tierra.

Gelsomina tembló al oír estas palabras; porque una joven que cual ella vivia tan retirada, no podia superar su timidez á pesar de la grandeza del objeto que la impelió á ir á aquel parage: pero fiel á su

promesa, procuró cobrar aliento, y guiada por la pureza de su afecto á Jacobo, no trató ya de ocultarse por mas tiempo detrás del religioso.

— ¿Eres hija del conserge? preguntóla el Dux con dulzura.

— Señor, somos pobres y desgraciados. Servimos al Estado para ganar nuestro sustento.

— Sirves á un señor muy noble, hija mia..... ¿Qué es lo que sabes de ese Bravo?

— Mi soberano, los que así le llaman le desconocen enteramente. Con dificultad se hallará en Venecia un hombre mas fiel á sus amigos, mas esclavo de su palabra, ni mas devoto de los santos que Jacobo Frontoni.

— Un Bravo puede muy bien revestirse en la apariencia de esas virtudes. Pero perdemos inútilmente el tiempo. ¿Qué tienen que ver uno con otro esos Frontoni?

— Son padre é hijo, Serenísimo. Luego que Jacobo llegó á la edad en que pudo comprender toda la extension de la desgracia de su familia, importunó al Senado con súplicas en favor de su padre, hasta que al fin se abrió secretamente la puerta del calabozo para el piadoso hijo. Muy bien sé, gran príncipe, que los que gobiernan no pueden estar en todo, porque de ser así, nunca se cometiera tamaña injusticia; pero ello es que mucho antes de descubrirse la inocencia de Ricardo, pasó el infeliz bastantes años aprisionado, el invierno en un subterráneo frío y húmedo, y el estío en un cuarto ardiente

junto á las azoteas; y entonces, como en indemnizacion de sufrimientos tan poco merecidos, obtuvo el permiso de ver á Jacobo. Ofrecióse tambien á este la libertad de su padre siempre que se obligase á servir al Estado por cierto tiempo, bajo las condiciones que le hicieron los patricios, y que aceptó no obstante su repugnancia, todo para que su padre pudiese respirar un aire mas puro antes de su muerte.

— Hablas en enigmas, muchacha.

— No estoy acostumbrada á hablar con los grandes. A. Sma.; pero sí diré que por espacio de tres largos años entró Jacobo diariamente en el calabozo del anciano, y esto debió ser con permiso de los patricios, pues de otro modo no lo consintiera mi padre: solo yo le acompañaba cuando iba á cumplir con este deber de la piedad filial, y pongo por testigo á la bienaventurada

Virgen María y á todos los santos que....

— ¿Le conocias por un asesino?

— No, señor : siempre le tuve por un hijo sumiso, temeroso de Dios y muy amante de su padre. No, jamás espero sufrir mayor angustia que la que oprimió mi corazon cuando supe que aquel á quien tenia por el honrado Carlos era ese Jacobo tan odioso á todo Venecia... Pero esta angustia se ha desvanecido, y bendigo á la madre de Dios por ello.

— ¿Debias desposarte con él?

Ningunos colores sacó al rostro de Gelsomina esta pregunta : los vínculos que la ligaban á Jacobo eran entonces muy sagrados para ella, y así no dió la menor señal de la debilidad propia de su sexo.

— Si, señor, respondió ; nos uniremos

si Dios y los grandes senadores que tanto influyen en la dicha del pobre lo permiten.

— Y ahora que ya le conoces, ¿darias tu mano á un hombre como Jacobo?

— Por lo mismo que le conozco le respeto mas, poderoso Dux. Jacobo ha vendido al Estado su reputacion y su nombre para libertar á su aherrojado padre, y nada veo en su conducta que deba arredrar á quien le ama.

— Padre, fuerza será que me expliqueis este enigma : hállase sobrado exaltada la imaginacion de esta doncella, y confunde todo cuanto dice.

— Ilustre príncipe, contestó el religioso, quiere decir que consintió la República en que viese el hijo al padre durante su

cautiverio dándole esperanzas de concederle la libertad, bajo la condicion de que sirviese á la policia, prestándose á pasar en concepto de todos por un Bravo.

— ¿Es posible que esa fábula vaya apoyada en la palabra de un criminal....?

— Que tiene la muerte á la vista, interrumpióle el P. Anselmo. Principe, los que están acostumbrados á asistir en sus últimos momentos á los pecadores arrepentidos, poseen para descubrir la verdad mas oculta unos medios enteramente desconocidos á los otros hombres... Debe por lo mismo meditarse profundamente este asunto.

— Decis bien. ¿Se ha fijado la hora de la ejecucion?

— Mañana, señor.

— ¿Y el padre?

— Ha muerto.

— ¿En la prision?

— Sí, Dux de Venecia.

— ¿No ignorareis sin duda la muerte de un pescador de las lagunas llamado Antonio? preguntó el Dux al carmelita despues de un momento de silencio que guardaron todos los circunstantes.

— Sí, señor; y en nombre del Dios que nos oye, y de mi sagrado ministerio, afirmo que Jacobo es inocente de ese crimen. Yo confesé al anciano antes de su muerte.

Para ocultar su turbacion volvió el Dux la espalda al oír esta respuesta, porque empezaba á manifestarse la verdad á sus ojos. Miró en seguida al inquisidor presente; y sus miradas, que expresaban la compasion y la dulzura, fueron rechazadas

por la impasibilidad del consejero como la luz que reflejara la fria y tersa superficie del marmol.

— ¡Ah, Serenísimo! exclamó entonces Gelsomina con voz trémula.

— ¿Qué me quieres, hija mia?

— Hay un Dios para los que gobiernan la República, lo mismo que para el gondolero. V. A. puede evitar que el Estado cometa un gran crimen.

— Tu osadía es mucha, doncella.

— El inminente riesgo de Carlos me presta el necesario atrevimiento. El pueblo os ama; todos elogian á una voz vuestras bondades y el deseo que os anima de hacer bien al público; sois el jefe de una familia rica y venturosa: pero no es dado reputar por crimen el que un hijo lo

sacrifique todo por un padre. Sois nuestro príncipe, y asistenos por ello el derecho de implorar vuestra clemencia, empero yo solo invoco vuestra justicia.

— La justicia es la divisa de S. Marcos.

— ¡Ah señor! aquellos á quienes ha colmado de dones la Providencia ignoran cuan expuestos están á sufrir los desgraciados. Dios ha querido afligir á mi pobre madre con pesares que sufriera con disgusto á no mediar su resignacion religiosa: los cortos cuidados que he podido prodigarla, llamaron la atencion de Jacobo, porque el deber filial era lo que únicamente le ocupaba entonces. ¡Ah! si V. A. se dignase venir á ver al desgraciado Jacobo, ó mandarle traer á este aposento, creed que su sincera narracion desvaneceria cuantas calumnias se ha atrevido á propagar contra él la maledicencia.

— Es inútil, enteramente inútil, hija mía. Tu fe en su inocencia es mucho más elocuente de lo que pudieran serlo sus palabras.

Un rayo de alegría brilló al oír esto en el rostro de Gelsomina; y volviéndose vivamente al religioso que atento la escuchaba, dijo:

— Al fin nos oye S. A., padre mío; pueden muy bien asustarnos, pero nunca se descargará el golpe que hemos temido. ¿No es el Dios de Jacobo el mío y el vuestro? ¿No lo es también del Senado, del Dux, del Consejo y de la República? ¡Ah! cuanto hubiera celebrado que los que componen el Tribunal secreto de los Tres hubiesen visto como yo al pobre Jacobo cuando al volver fatigado de su trabajo entraba en el frío calabozo de invierno, ú en el aposento abrasado de estío, esforzándose á mostrar un semblante alegre y

sereno para no agravar más los dolores de un padre falsamente acusado! ¡O venerable y bondadoso príncipe! no sabéis cuán duro es el peso que lleva con frecuencia el débil sobre sus hombros, porque el sol de la prosperidad ha brillado siempre sobre vuestra cabeza; pero hay millares de personas que sufren....

— Eso no es nuevo, hija mía.

— Señor, solo trato de convencer á V. A. que no es Jacobo el monstruo que suponen. Ignoro las causas secretas que hayan movido al Senado á exigir de él que se prestase á una ficción que tan funesta le ha sido: pero ahora que todo se ha descubierta, nada debe temerse ya... Vamos, buen padre; dejemos solo al benéfico y sensible príncipe para que se entregue al reposo que le es tan necesario; y corramos á llevar el consuelo al desventurado

Jacobo, y á dar gracias á la gloriosa Virgen María por las señaladas mercedes que nos dispensa.

— Aguarda un instante, dijo el Dux vivamente conmovido.... ¿Es cierto cuanto acabas de decirme?... Padre, continuó dirigiéndose al religioso, ¿será esto posible?

— Todo lo que he dicho á V. A. me lo han inspirado la verdad y mi conciencia.

El Dux quedó pensativo por unos instantes, mirando alternativamente á la inmovil doncella y al consejero, que conservara siempre el mismo grado de impassibilidad.

— Ven, hija mía, exclamó al fin con voz trémula, ven á recibir mi bendición.

Gelsomina corrió presurosa á postrarse á los pies del gefe del Estado, y nunca el P. Anselmo oró con tanto fervor como el anciano al dar su bendición á la hija del carcelero. Levantóla en seguida con muestras de cariño, y mandóla por señas, así como al carmelita, que se retirasen. Gelsomina obedeció llena de júbilo, porque su corazón ansiaba por trasladarse al calabozo de Jacobo para comunicarle las lisonjeras esperanzas de que se hallaba poseída; pero el P. Anselmo permaneció unos instantes mas en el aposento, y volvió al salir la cabeza con la incertidumbre de una persona que sabe muy bien todo cuanto una mundana política sacrifica sin escrupulo á los intereses de los privilegios del poder. Renació, sin embargo, su esperanza al ver que el anciano príncipe no pudiendo disimular por mas tiempo las sensaciones que experimentara, dirigióse hácia

su taciturno compañero con los brazos abiertos, los ojos llenos de lágrimas, y con todas las señales que anunciaban la emoción de un hombre que desea encontrar alivio en la simpatía de otro.

## CAPITULO VIII.

Al día siguiente entregáronse como siempre los Venecianos á sus ordinarias ocupaciones. Los agentes de la policía se mostraron mas solícitos que nunca en disponer el espíritu público; y al salir el sol del se-

no de las aguas empezó la gente á llenar las plazas. Veíase en ellas al curioso campesino con su capa y gorra, y al trabajador de piernas desnudas, manifestando su tímida sorpresa; al circunspecto israelita de larga barba y castán flotante; á varios nobles, algunas máscaras, y muchos curiosos extranjeros de los que concurrían aun á aquella República moribunda. Susurrábase que iba á celebrarse un acto de justicia con el fin de asegurar el reposo de los habitantes y de dispensarles una segura protección: en una palabra, el ocio, la curiosidad, el espíritu de la venganza y todo el conjunto de las pasiones humanas reunieron una multitud de personas ansiosas de presenciar los últimos instantes de un hombre condenado por los tribunales.

Formáronse los Dálmatas á la orilla del mar y en derredor de las columnas de la

Piazzeta, frente á los pilares de granito, harto conocidos símbolos de muerte. Paseábanse algunos guerreros de graduación y ceñudo semblante por delante de las tropas quienes por especial favor concedieran á un centenar de pescadores que se colocasen entre las filas para así presenciarmas á su placer la venganza del asesinato de Antonio. Entre los erguidos pedestales de san Teodoro y del leon alado, divisábase el tronco, la segur, el serrin y el cesto, útiles inseparables en aquella época de las ejecuciones judiciales. A su lado veíase el verdugo.

Un movimiento de la masa disciplinada obligó á los circunstantes á fijar sus miradas en la puerta del palacio, dejándose oír un sordo murmullo: hizo calle la multitud, y á poco apareció un cuerpo de esbirros que marchaba con acelerado paso. Abriéronse los Dálmatas en dos filas para recibir

en su centro á los ministros del destino, y cerraron otra vez sus filas pareciendo separar al reo del mundo y de todas sus esperanzas. Al llegar la comitiva cabe el suplicio, situado entre las dos columnas, formáronse los esbirros en dos alas á cierta distancia, dejando á Jacobo junto á los instrumentos de muerte, al lado de su confesor, expuestos ambos á las curiosas miradas del público.

Las descarnadas facciones del P. Anselmo, efecto de sus continuas austeridades, y sus ojos solo severos para mirar sus propias flaquezas, expresaban inquieta incertidumbre, aunque de cuando en cuando aparecía en ellos cierto vislumbre de esperanza: agitábanse de continuo sus labios para rogar por el desventurado á quien asistía. Sin embargo, por efecto de una impulsión involuntaria, fijábanse sus miradas en las ventanas del palacio del

Dux. Presagiábale el corazón siniestros sucesos, y miraba al reo con sublimidad y ternura.

Jacobo se acercó con tranquilo paso al suplicio. Pálido, desnuda la cabeza, con el cuello descubierto hasta la espalda, y vestido como un gondolero ordinario, postróse de rodillas así que llegó al sitio de la muerte; é inclinando la cabeza, imploró fervorosamente los auxilios del padre de las misericordias. Levantóse concluida la oración, y empezó á examinar con calma y dignidad el rostro de cuantos le rodeaban; pero como no viese entre la muchedumbre el menor vestigio de compasión por su suerte, no pudo contener un impulso de vergüenza, y exhaló un profundo suspiro. Todos cuantos le miraban de cerca creyeron que iba á abandonarle el imperio que ejercía el desventurado sobre sí mismo; pero se engañaron, pues si bien

no fué dueño de reprimir un pasagero estremecimiento, adquirió en breve su rostro la acostumbrada calma.

— ¿Has encontrado en la concurrencia el ojo compasivo de un amigo? le preguntó el religioso á quien no se escapara su convulsivo movimiento.

— No, padre mio: nadie se compadeció de un asesino, respondió con serenidad.

— Pues acuérdate de tu Redentor, que sufrió la ignominia y la muerte por una raza que negaba su divinidad mofándose de sus padecimientos.

Jacobo hizo la señal de la cruz inclinando la cabeza con respeto.

— Padre, ¿teneis que orar todavía? le

preguntó el gefe de los esbirros encargado de presidir la ejecucion.

— ¿Son terminantes vuestras órdenes? interrumpióle el P. Anselmo fijando otra vez maquinalmente la vista en las ventanas del palacio. ¿Es cierto que ha de morir el preso?

El ministro no pudo menos de sonreirse al notar la sencillez de esta pregunta, y respondió con el tono apático de un hombre harto familiarizado con los padecimientos de sus semejantes para dar entrada en su pecho á la compasion:

— No lo dudeis. Rdo, padre. Todo viviente debe morir; y señaladamente los condenados á ello por S. Marcos. Ya es tiempo de que nuestro penitente piense en su alma.

— ¿Teneis en efecto órdenes positivas?..  
¿ Se ha fijado la hora?..

— Si, buen carmelita, y el momento no está lejos: así pues sereis cuerdo en aprovechar el poco tiempo que os queda, á no estar bien seguro del estado de su alma.

Dicho esto miró el ministro el cuadrante de la plaza, y retiróse sin la menor muestra de sensibilidad, dejando por segunda vez solos entre las columnas al sacerdote y á Jacobo, no pudiendo aun persuadirse el primero de que la ejecución se llevase á cabo.

— Tienes alguna esperanza, Jacobo? le preguntó.

— En Dios, padre mio.

— No es posible que se cometa semejan-

te injusticia. He confesado á Antonio; he presenciado su muerte: el principe no lo ignora...

— ¿Y qué valen el principe ni su justicia, cuando se le contrapone el egoismo del Senado?

— No afirmaré que Dios haya de condenar á los que cometan contigo semejante atentado, porque no nos es dado á nosotros, miseros mortales, penetrar su inescrutable sabiduría. Esta vida y cuanto puede ofrecer el mundo son débiles átomos á sus ojos que todo lo ven, y aquello que miramos como un mal suele conducirnos al mayor grado de ventura. ¿Confias en tu Redentor, Jacobo?

El Bravo llevó la mano á su corazon, asomando al mismo tiempo á sus labios la sonrisa de la seguridad que solo experi-

menta el que se halla sostenido por la fe y la confianza.

— Oremos otra vez, hijo mio.

Ambos se arrodillaron, y Jacobo reclinó la cabeza sobre el suplicio en tanto que por última vez imploraba el carmelita los auxilios del Dios de las misericordias en favor de aquel desventurado. Concluido el acto religioso, levantóse el Bravo, permaneciendo el confesor en su actitud de súplica, tan ocupada la mente en sus piadosas meditaciones, que olvidando los primeros pensamientos, llegó á persuadirse que su penitente iba á gozar en aquel instante de la felicidad eterna. En esto se acercaron al sitio el jefe de los esbirros y el ejecutor público: el primero tocó suavemente en el hombro al P. Anselmo, mostrándole con el dedo el cuadrante.

— Se acerca el momento, le dijo en voz baja mas bien por hábito que por consideracion á la victima.

El carmelita dirigió maquinalmente la vista hácia el palacio, y como viese gente en las ventanas, creyó que iba á hacerse la señal de gracia.

— ¡Deteneos! exclamó con energia: por el amor de la Virgen María no os apresureis demasiado.

Esta misma exclamacion repitió la aguda voz de una muger; y Gelsomina, venciendo cuantos obstáculos se opusieron para detenerla, penetró por las filas de los Dálmatas, logrando llegar al pequeño grupo situado entre las columnas de granito. La sorpresa y la curiosidad agitaron á los espectadores, y un sordo murmullo se oyó entonces en la plaza.

— Es una loca, decían unos.

— No, sino una víctima de sus sortilegios, añadían otros; porque cuando acusa la voz pública á un hombre, casi siempre se le atribuyen la mayor parte de los crímenes que en la sociedad se cometen.

Gelsomina asió las ligaduras que sujetaban los brazos de Jacobo, haciendo frenéticos esfuerzos para dejárselos libres.

— Confiaba en que te habrían ahorrado la pena de que vieses este espectáculo, pobre Gessina, dijo el Bravo.

— No te asustes; respondió la doncella respirando difícilmente. Esto no es mas que una farsa, una de sus astucias para imponer á la muchedumbre..... No pueden..... no se atreverán á cortar un solo cabello de tu cabeza, Carlos.

— ¡Gelsomina!...

— No me detengas. Hablaré á los ciudadanos, y les diré todo.... Están ahora irritados; pero cuando sepan la verdad, te amarán tanto como yo.

— ¡Bendigote el Cielo! ¡Cuanto diera porque no hubieses venido!

— Nada temas. Estoy poco acostumbrada á ver tanta concurrencia; pero ya observarás como me atrevo á hablar y á descubrir la verdad con desembarazo. Para ello necesito tomar aliento.

— ¡Querida Gessina! Tienes padres con quienes dividir tu ternura; y cumpliendo con ellos, como Dios te ordena, serás dichosa.

— Ya me encuentro descansada; voy á hablar y á restablecer tu opinion.

Dicho esto, apartóse del lado de su infeliz amante, para quien la pérdida de la vida era nada en aquel momento comparada con el precio de tal separacion; y la lucha que tenia que sostener su corazon quedó terminada desde entonces. Reclinó la cabeza sobre un borde del suplicio, ante el cual se arrojara de nuevo, indicando, según tenia las manos, que estaba pidiendo por la felicidad de la que acababa de separarse de él. Pero los pensamientos de Gelsomina eran otros: apartó con ambas manos los cabellos que desordenadamente caian sobre su frente, y acercóse á los pescadores, á quienes reconoció fácilmente por los gorros encarnados y pies descalzos. Su sonrisa era semejante á la que la imaginación daría á los bienaventurados en sus visiones de amor celeste.

— ¡ Venecianos! exclamó: estoy muy

distante de criticar vuestra conducta al veros aquí reunidos para presenciar la muerte de un hombre á quien juzgais indigno de vivir....

— Del asesino del viejo Antonio, prorrumpieron infinitas voces á la vez.

— Si: sin duda, del asesino de ese digno anciano. Pero cuando os descubra la verdad, cuando llegueis á saber que el que mirais como asesino era un hijo piadoso, fiel servidor de la República, excelente gondolero, y de corazon franco y generoso, cesarán vuestros deseos de ver correr su sangre, y solo clamareis por la justicia...

Un general murmullo ahogó su voz tan desfallecida y trémula, que solo guardando un profundo silencio pudiera oírsele. El P. Anselmo, que se habia acercado á ella, pidió por señas que la escuchasen.

— Oídla, hombres de las lagunas, les dijo; es la pura verdad cuanto expone.

— Y de ello son testigos el Cielo y este venerable religioso que me acompaña, prosiguió Gelsomina. Cuando conozcais mejor á Carlos y sepais á fondo su historia, estoy cierta que sereis los primeros en pedir su libertad. Digo esto, para que al presentarse el Dux á la ventana á hacer la seña del perdón, no mostreis vuestro descontento, ni creais que rehusan haceros justicia. El misero Carlos.....

— Esa muchacha está loca, dijeron algunos pescadores: no se trata de ningún Carlos, sino de Jacobo Frontoni, de un Bravo.

Sonrióse Gelsomina con la seguridad que presta la inocencia; y habiendo procurado

tomar aliento, no obstante su agitación nerviosa, respondió:

— Carlos ó Jacobo... Jacobo ó Carlos... Nada importa que....

— ¡ Ah! hacen la seña desde el palacio, exclamó el religioso extendiendo los brazos hacia aquella parte como para recibir un favor.

Sonaron las trompetas, y una segunda seña fijo la atención de los circunstantes. Despidió Gelsomina un grito de alegría, y corrió exhalada á precipitarse á los brazos de su amante, que creyó salvo... Pero el hacha brilló en esto á sus ojos, y la cabeza de Jacobo vino rodando por el pavimento hasta los pies de la desgraciada..... Un movimiento universal en la masa animada de la muchedumbre anunció el desenlace de la tragedia....

Formáronse los Dálmatas en columna; atravesaron los esbirros por medio del innumerable gentío; corrió el agua de la bahía por las losas, amontonándose en seguida el serrín ensangrentado; la cabeza, el tronco del cuerpo, lo que componía el suplicio, con los instrumentos de muerte y el verdugo, todo desapareció en menos de un minuto, empezando á girar los concurrentes en diversas direcciones por aquel sitio fatal.

Durante tan corto como horrible momento permanecieron inmóviles el P. Anselmo y Gelsomina: todo estaba ya consumado, y aun era para ellos un sueño aquella escena.

— Llévense de aquí esa loca, dijo un empleado del Gobierno señalando á Gelsomina; cuya orden quedó ejecutada con una prontitud veneciana, y antes de haber sa-

cado de la plaza á la desventurada, vióse ya cumplido el supuesto de estas palabras. Osaba apenas respirar el carmelita, y miraba alternativamente á la gente, á las ventanas del palacio, y al sol que alumbraba con todo su brillo.

— Reverendo padre, le dijo uno al oído, estais perdido si permanecéis aquí un instante mas: sed prudente y seguidme.

Hallábase sobrado abatido el P. Anselmo, y no vaciló un momento en abrazar este consejo: siguió á su guía, que le llevó por diversas callejuelas solitarias hasta el muelle, donde se embarcó sin dilacion en una góndola, y antes que el sol hubiese llegado á la mitad de su carrera, navegaba el pensativo y trémulo religioso hácia los Estados pontificios, teniendo en breve la satisfaccion de verse en el castillo de Sta. Agueda.

A la hora regular ocultóse el sol detrás de las montañas, y apareció la luna por las barreras del Lido. Llenáronse, como de costumbre, las estrechas calles de Venecia de inmenso gentío, que cubría igualmente ambas plazas. Una suave luz reflejó sobre la elegante arquitectura del palacio y sobre la gigantesca torre, como los rayos que coronan las islas bajo un horizonte despejado.

Despidieron las lámparas brillante claridad bajo los pórticos; los de alegre genio burláronse de sus amigos y compinches; los ociosos pasaron el tiempo entretenidos; ocupáronse los máscaras de sus secretas tramas; las cantarinas y bufones lucieron sus habilidades, y toda la poblacion se agitó en estos fútiles placeres, que son el patrimonio de la irreflexion y de la ociosidad. Cada cual vivió para sí mismo, en tanto que el Estado de Venecia conservara su

administracion viciosa, corrompiendo igualmente á los gobernantes y gobernados, y hollando con altiva planta los sagrados principios cuya base son la verdad y natural justicia.

FIN DEL TOMO CUARTO Y ULTIMO.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

